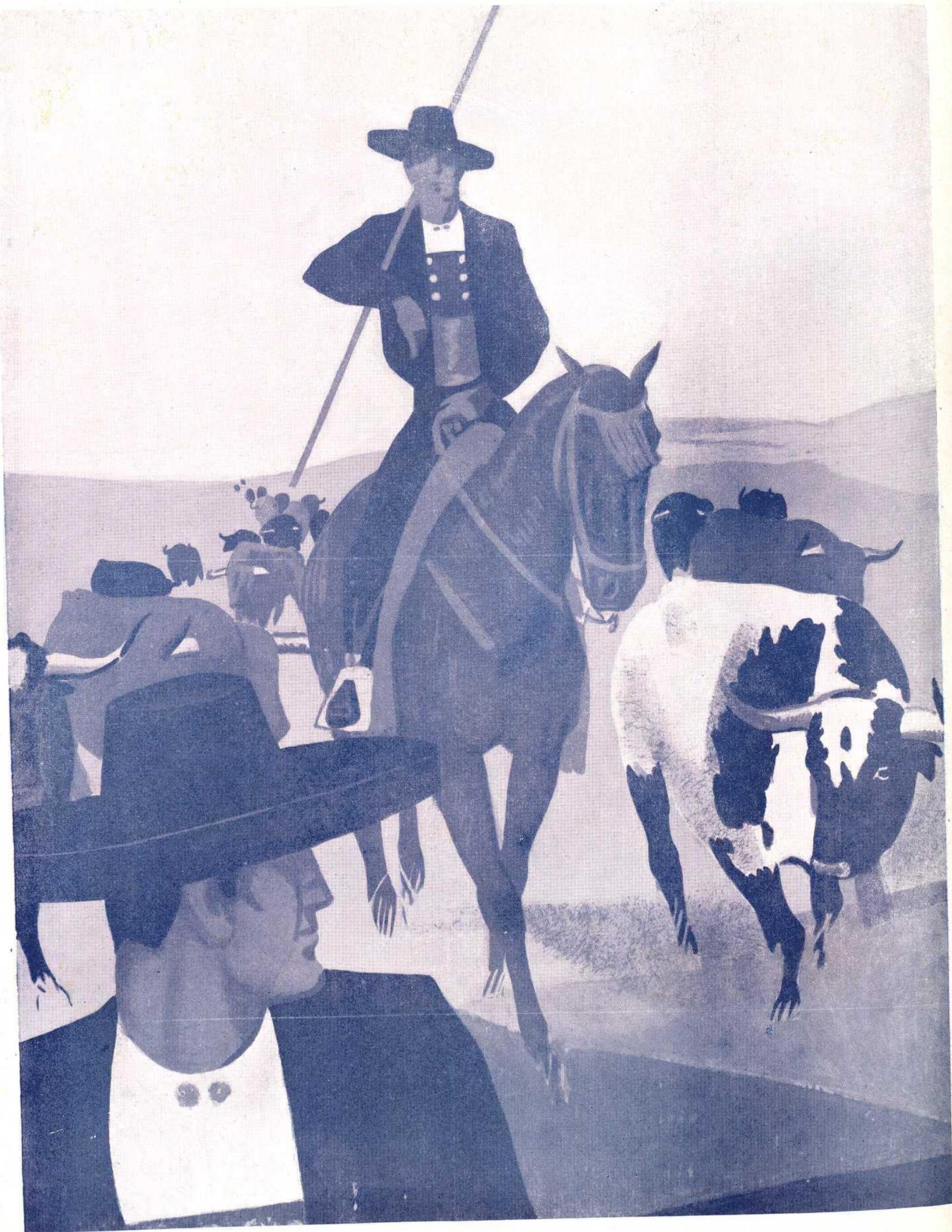


El Ruedo



2
Plas.

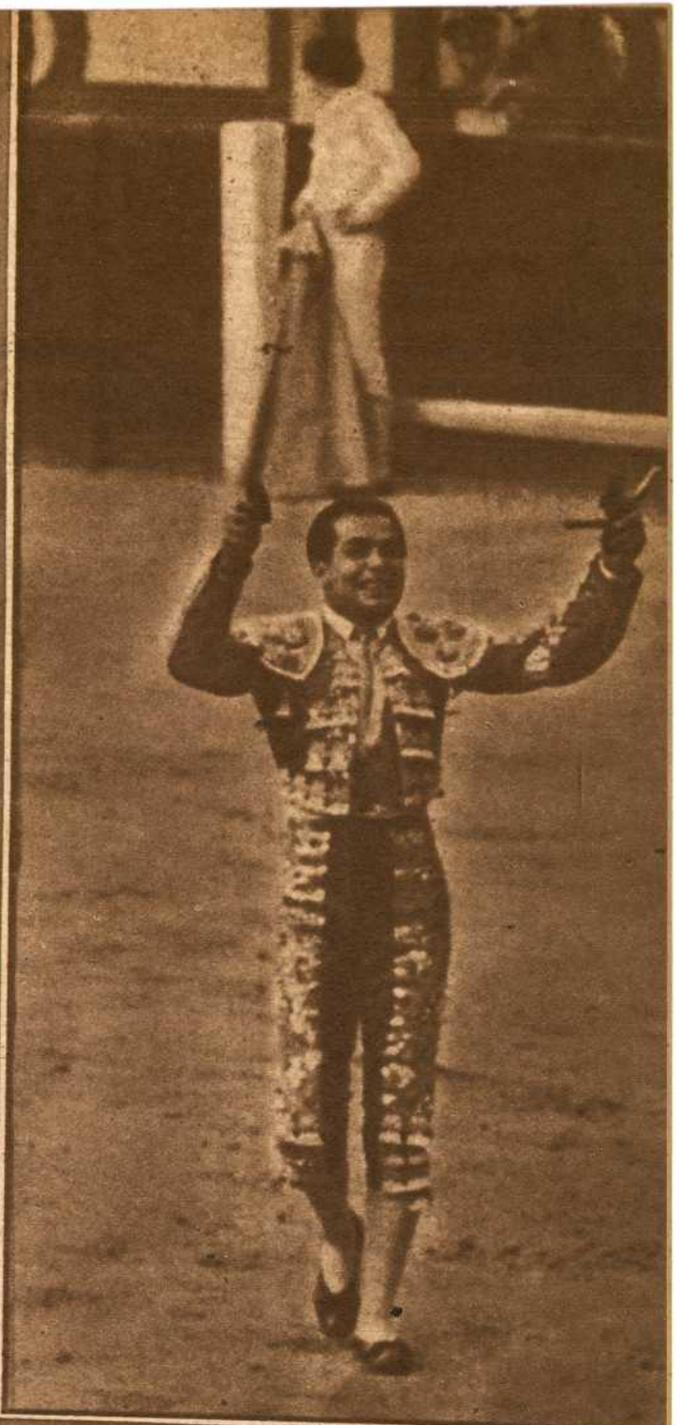
JAAVEDRA



Campo de Salamanca, por Martín Maqueda



Cuatro instantáneas de la gran tarde que el torero mejicano Cañitas alcanzó en el ruedo de la Plaza de toros madrileña



DE LA
CORRIDA
DEL
DOMINGO
EN
MADRID



Una gran
tarde del
mejicano
Cañitas

(Información en
las págs. 4 y 5)



EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



Dos momentos de la faena de Cañitas



Angelete en un lance



La cogida de Dominguito

ANTONIO CASERO



DESPUÉS DE UNA GRAN FAENA
EN LA QUE DERROCHÓ ARTE Y VALOR,
BRINDA A LA CONCURRENCIA
CON EL FAMOSO LICOR

CALISAY



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -- Madrid, 12 de junio de 1945 -- Núm. 53

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Los organizadores de la corrida del Montepío de Policía han tenido dos preocupaciones fundamentales: componer un cartel atractivo, de esos que hacen sacar a las taquillas el aviso de «No hay billetes», y establecer unos precios iguales o muy poco mayores a los que pondría una Empresa para una corrida semejante. Las dos preocupaciones constituyen

en verdad una sola: procurar la absoluta satisfacción del público.

El señor Caruncho, con su experiencia presidencial y sus conocimientos de excelente aficionado, habrá contribuido a la organización del magnífico cartel de mañana: seis toros de don Antonio Pérez, escrupulosamente elegidos, para Manolete, Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín. El estímulo de estos dos jóvenes lidiadores de positivos méritos ha de ser mayor al habérselas con el diestro cordobés.

Además, es de justicia que haya un reparto más equitativo de puestos en las corridas en general, pero especialmente en estas de tanto trono y prestigio como las benéficas.

Tenemos fe en Pepe Luis y en Luis Miguel, que tienen derecho a torear mucho más de lo que torear. Según esas escrupulosas estadísticas que lleva K-Hito en *Dígame*, hasta el día 31 de mayo último, Pepe Luis ha toreado doce corridas y Luis Miguel Dominguín, nueve. No es que esté mal la cifra a tales alturas de la temporada; pero es inferior a la de otros diestros que no justificaron en ningún momento el puesto que detentan.

Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín están en condiciones de hacer un espléndido papel frente a Manolete, sin daño para ninguno, porque poseen personalidades distintas, bien acusadas y definidas, en las que no caben odiosas comparaciones que sólo tienden a derribar a un ídolo para entronizar a otro.

En esta corrida, aunque Manolete estuviera a la altura de sus mejores actuaciones, no empañaría el éxito de Pepe Luis si éste nos diese una tarde como aquella inolvidable de la despedida de Marcial Lalanda, ni Luis Miguel Dominguín, si lograra aquella apoteosis de su presentación de novillero en la Plaza de las Ventas, quedaría esfumado ante sus compañeros de cartel. Los tres pueden dar una grandiosa tarde de toros, como ya se la van mereciendo los aficionados madrileños y como sin duda se la merecen los organizadores del espectáculo a beneficio del Montepío del Cuerpo General de Policía.

Esperémosla confiadamente, con el deseo de que los «apés» no desmintan su historia y embistan. Porque como embistan... ¡ya verán ustedes!



MAÑANA EN MADRID

La corrida a beneficio del Montepío de la Policía
Seis toros de Antonio Pérez, de San Fernando

MANOLETE
PEPE LUIS VAZQUEZ
LUIS MIGUEL DOMINGUIN

La corrida del domingo en MADRID



Toros de Domecq para Domingo Dominguí, Cañitas y Angelete

La semana en las Ventas

El que paga quiere ver "algo"

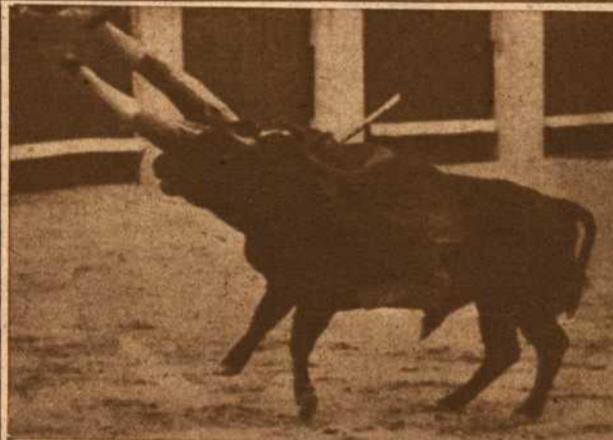
La sufrida, pero animosa Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, pudo, al fin, gracias a los desvelos y trabajos de sus consejeros técnicos, anunciar para el jueves una corrida de toros digna del ruedo madrileño. Tras muchos quebraderos de cabeza, y después de profundos trabajos de investigación, los consejeros técnicos de la sufrida, pero animosa, Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, dedujeron que a los espectadores les interesaba ver torear a Manolete y a Pepe Luis Vázquez. Y, diligentes, contrataron a los dos ases y completaron el cartel con un buen lidiador —Gitanillo de Triana— y una divisa —la de la ganadería de Carlos Núñez— de la que es razonable esperar algo bueno. Por una vez, los aficionados madrileños vamos a recoger el fruto de los agotadores trabajos que esclavizan a los consejeros técnicos de la sufrida, pero animosa, Empresa de la Plaza de Toros de Madrid.

Manolete toreó el miércoles en Barcelona. El quinto toro —como los restantes anunciados, de la ganadería de Domingo Ortega— pareció a Manolete con pocos méritos para morir a sus manos; pidió el pase a los corrales del animalito, lo obtuvo, y en lugar del torete de Ortega salió al ruedo una res de Villamarta. Del éxito logrado por el cordobés en este toro ya se tiene noticia. Lo malo fue que Manolete resultó cogido y contusionado. Funcionó el teléfono: "Manolete no puede ir a Madrid. Manolete irá a Madrid en avión. Manolete no va a Madrid". Unos dicen que tiene un brazo hinchado; otros, que se dejó coger por el toro de Villamarta para no torear en Madrid. Naturalmente, nosotros creemos que no actuó en Madrid porque no estaba en condiciones físicas para hacerlo. Eso del "tongo" en los toros no pueden creerlo ni los retrasados mentales. En fin: que no se celebró la corrida.

La del domingo fue un éxito apoteósico para el simpático mejicano Cañitas. Fue cogido Domingo Dominguí, y el festejo corrió a cargo de Cañitas y Angelete. Cuando Cañitas se acercó a las tablas del 2 y pidió banderillas, un aficionado aconsejó al mejicano que no banderilleara al quinto toro. Sonrió el torero, y el aficionado se creyó en el caso de insistir: "No pongas banderillas. Tienes que estar muy cansado".

Carlos Vera cogió el par de banderillas y respondió: "El que paga, quiere ver algo. Yo hago lo que puedo". Y clavó tres pares colosales a Javaito, le hizo luego una faena magnífica y emocionante y lo mató en la suerte de recibir. Le dieron las dos orejas, lo sacaron en hombros y, seguramente, habrá comentarios para mucho tiempo alrededor de lo que hizo Cañitas al quinto toro de la corrida del domingo.

Si todos los toreros tuvieran el concepto que Carlos Vera tiene de su deber, todas las tardes veríamos grandes cosas. Lo malo es que Cañitas es una excepción. Malo para el público, naturalmente. Para Cañitas, mientras los demás sigan pensando como ahora, es una gran cosa.



El momento de la cogida de Domingo Dominguí



Cañitas, de rodillas, empieza la faena que le valió el triunfo



Otra fase de la cogida. Dominguí en el suelo y los peones al quite



Cañitas entrando a matar al toro que cortó la oreja



Las asistencias de la Plaza recogen a Dominguí del ruedo



Angelete toreando de muleta con la derecha



En brazos de los monosabios, camino de la enfermería



Un natural del diestro Angelete (Fots. Baldomero y Manzano)

DESPUES DE LA CORRIDA

Los ex votos de Cañitas a la Virgen de Guadalupe. "El sustituto de la corrida ha sido el peor toro que me ha correspondido en mi vida" -- afirmó Angelete. El sangriento cumpleaños de Domingo Dominguín



Cogida de Dominguín en el primer toro

cuerdan que no tengo derecho a absorberles al idolo. Van a darle cuenta de la constitución del «Club Cañitas» —segundo en España que se constituye— y yo aprovecho la coyuntura para continuar mi ruta.

ANGELETE

Por la relativa proximidad del domicilio del torero cacereno con el coso taurino, en pocos minutos me trasladé a aquél, suponiendo que la poca importancia del percance sufrido al muletear al sexto toro de Domecq, no le restaría tiempo para volver a su casa. Mis suposiciones no se cumplieron tan a la letra, o por lo menos, no me pareció tan corto el tiempo, durante el cual hebe de entretener a los familiares del torero, cada vez más inquietos por su tardanza.

Y a punto de concluirse el repertorio de mis evasivas, vimos venir el coche del lidiador, desprovisto de la chaqueta y arrebujado en el capote de paseo.

Una vez en el dormitorio, fué desnudado por las diestras manos del mozo, y entonces vimos el vendaje que acababan de colocarle en la enfermería.

Eugenio Fernández, más molesto por no haber podido redondear la tarde que por la herida sufrida, no cesó de lamentarse de su mala suerte.

—Mala fortuna fué no desorejar a mi primero, al que había torreado de capote y muleta como mejor sé. Continuó la desgracia al corresponderme pasaportar al sustituto, que ha sido el peor astado que me ha salido en toda mi vida torera. Y para colmo de males, el último bicho adoleció de mucha casta; fué mal e insuficientemente picado, y en uno de sus cabeceos recibí un pitonazo seco y rápido. Sentí que me había calado y que si no precipitaba el final no sería yo el que acabara con su vida, por el rápido desfallecimiento de mis facultades, y así, sólo me preocupé de quitármelo pronto de delante.

DOMINGUIN

De intento no quise visitar al mayor de los hijos de Domingo González hasta que no hubieran pasado unas horas después de su desdichado percance.

Al filo de la media noche, el herido, pese a sentir las molestias de la herida y los escalofríos de la fiebre, no parecía muy abatido.

Mucho más lo estaban sus padres, y como es lógico, la madre.

—Vea usted— me dijo con triste acento— cómo mi pobre hijo tiene que celebrar el veinticinco aniversario de su nacimiento.

Interviene el viejo torero para decir:

—Menos mal que la cornada, aunque de cierta importancia, no parece ser de extrema gravedad. Yo me opuse a que toreara esta corrida; pero mi hijo, aprovechando hallarme yo en el campo, suscribió el compromiso, y hasta última hora pretendí en vano que lo rescindiera.

Volvemos a la cabecera del herido. Su pulso es bastante uniforme. Pide que le cambien de postura y el cambio le hace arrancar ahogados gemidos.

Sobre una silla está todavía el terno que Domingo vistió esta tarde. Precisamente el mismo que lució el día de su anterior cogida en la misma Plaza. No parece sino que el maleficio del vestido pareciera, hablarnos con trágica elocuencia.

F. MENDO

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



D. Dominguín

Dominguín inicia dramáticamente el capítulo. Su cogida es escalofriante, y se le ve, derribado en tierra, bracear contra la cara del toro, como oseahdo el terrible mosconeo de la cornada.

Hay un instante en que el peón se queda sin capote, como si se quedara inerte y desnudo.

Angeleta, con el trazo continuado de sus cejas y su cara de angustia, parece dolerse de algo. Sólo se estira y pone alegre en el fino lujo de las verónicas.

Los rabos de los toros son, a veces, una mezcla de dos utensilios domésticos: el plumero y los "zorros".

Resbalan las picas como sobre lomos enjabonados. Se piensa: ¡Qué mal manejarían el taco en el billar!

Cañitas echa atrás la cabeza y deja caer la montera al suelo, porque está seguro que al recogerla prolongará la ovación.

Esos momentos en que los toreros se esparcen alrededor del toro recuerdan las fases del ojo y del acécho, las cacerías en la selva.

Es un humor trágico el del torero de Cañitas, una mezcla de valor y sonrisa, de riesgo y de burla. Pero su estocada al toro quinto fué inmensa. Y dió las vueltas al ruedo agarrado a las dos orejas, como asido a dos tiradores del tranvía del triunfo.



Angelete

Uno de esos aficionados que todo lo saben y explican, dijo: "Los corniveletos no pueden coger." Y cuando un banderillero resultó empinado, corrigió, muy serio: "Es que lo ha cogido en el aire." Y se quedó tan tranquilo.

Hubo de todo en la corrida: toros buenos y malos, cabestros, banderillas de fuego, cogidas, caídas, orejas. Parecía un muestrario, una antología de cuanto se puede ver en la tarde del domingo.

CAÑITAS

CUANDO este torero aparece en los ruedos los aficionados sonrien esperanzados ante su figurilla breve, viendo en él una voluntad tan extraordinaria como es su inacabable valor.

Hoy tuvo la fortuna de que le correspondieran toros de arrancada, noble y clara, y Carlos Vera, que desde hace tiempo venia rondando la tarde triunfal, supo aprovecharlos cumplidamente.

Esto trajo como consecuencia que al finalizar la corrida me encontrara al torero rodeado de admiradores de ambos sexos, hasta llenar la más amplia habitación de su alojamiento.

Innecesario es decirles a ustedes el entusiasmo de los seguidores del héroe de la jornada. Por cierto que las féminas no eran las menos explícitas en sus manifestaciones de aprobación y alegría.

En grupo se comenta la emoción que «el manito» consiguió transmitir a los espectadores durante toda la tarde.

Lo oye el diestro e interviene en la conversación para decir:

—Todo eso estará muy bien, y a mí no puede menos que halagarme; pero mi contento es mucho mayor cuando escucho a alguien afirmar que mi estilo no está sólo hecho a fuerza de valor.

—¿Es acaso este quinto toro de la corrida con el que más se ha gustado a sí mismo?— preguntó a Cañitas, aprovechando un momento que lo tengo próximo.

—Para mi gusto, mi mejor faena en España fué a un toro de Belmonte, que mate en La Línea, compitiendo con Vicente Barrera y Domingo Dominguín.

—No obstante, no olvide que el triunfo de hoy ha tenido lugar en Madrid...

—Efectivamente, no puedo comparar ninguna otra tarde con ésta, con la que me he pasado soñando desde mucho antes de haber pisado esta bendita tierra de la Madre Española.

—¿Cuántas orejas lleva cortadas?

—Cinco, y esto me obliga, cumpliendo una promesa a mi Patrona, Nuestra Señora de Guadalupe, a ofrendarle a mi regreso otros tantos corazones de oro, como ex voto habitual entre la gente del toreo mejicano.

Tenemos que interrumpir el diálogo, pues amablemente me re-



Cañitas en el quinto toro, en el que consiguió un rotundo triunfo (APUNTES DE ROBERTO DOMINGO)



Angelete en el tercer toro

La primera embestida

Más sobre el tercio de varas

Por JOSÉ CARLOS DE LUNA



AQUELLA indiscutible repugnancia, anulada mejor que disminuida en cuanto a los caballos, gracias a la *singracería* del peto, se mantiene terriblemente cruel para el pobre torete.

No nos cansaremos de repetir, tantas cuantas veces nos venga en gana, que la suerte de picar no se ideó para quitarle vida al toro, sino poder; y el poder no es vida. Es verdad que actualmente, como el toro no se *abrocha* al caballo, no ahorma la cabeza ni quebranta el pescuezo, romaneándolo en el embroque. Y no achaquemos sólo a los petos esta imposibilidad, sino más bien al poco poder

de las bestezuelas en uso. Cuando vemos un toro hecho, bravo y codicio. so —y, ¡gracias a Dios!, ya sale alguno que otro—, que se arranca largo y con *gas*, los picadores, acostumbrados a tocinos de cielo, pierden el color y olvidan las artimañas. Pero bueno es no embrollarnos y analizar separadamente los factores de tan interesantísimo tercio.

En primer lugar, hablaremos del *reserva*.

¿Reserva? ¿Podrá aplicarse un calificativo más inadecuadamente? ¿Por qué llamar reserva a lo que *se gasta* antes de tocar siquiera el capital flotante?

Nunca supe la razón de esta sinrazón, cruel, absurda y contraproducente.

Cruel, porque el reserva no es profesional de la garrocha, sino un pobre diablo, generalmente mozo de cuadras o talabartero de la Empresa, que por pocas pesetas se viste de picador, como pudiera hacerlo de monje, ya que tan mal le va la casaquilla y la mona como pudiera sentarle el cerquillo y la estameña. Y a este pobre hombre se le somete a la primera embestida; costalada segura para su poca práctica, que se tambalea a poquísima costa.

Es absurda la actuación del *reserva*, porque de mil casos, en novecientos noventa y nueve es negativa; y es contraproducente en el que si no marra abre un ojal, ineficaz y desconcertante, que descompone al toro, porque le hiere inadecuadamente.

¿Para qué entonces el reserva?—puede preguntarse el aficionado. El espectador lo sabe: para librar a un hastial de esa primera y atolondrada acometida, que aguantaría con más ciencia. Huelga hablar de conciencia.

Y es curioso, y ello abona la justeza de lo que dejamos dicho, que nunca llega un reserva a picador contratado en cuadrilla, como no lo sea de novilleros pueblerinos.

Desde las páginas de esta Revista protestamos seriamente de los *reservas*, obligados quizá a actuar en el caso extremo de que no puede un solo picador profesional útil para su cometido, cosa que no hay que temer, aunque pudiera añorarse, sin malas intenciones que confundan el estímulo con la crueldad.

Precisamente creemos nosotros que la primera vara debería ponerla el mejor de los picadores de cada cuadrilla, evitándose el bochornoso y ridículo preámbulo del tercio que fué el más interesante de la lidia, y que ahora, por arte de bestialidad y mala inteligencia, es indignante y deplorable.

Mientras al picador le paguen para matar y al peón para enterar, quédese el *maestro* con esa clasificación que le honra poco, aunque justifique sus aspiraciones monetarias. Llámesele oficialmente *muletero*, que es como ingenuamente le distinguen los blanduchos aficionados al funambulismo y a la coreografía.



EFEMÉRIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

JUNIO

13

MIERCOLES

Antonio Escobar y Mellado nació el 13 de junio de 1867. Más se le conoce por el Boto. Fué un torero modesto; es decir, que firmó pocos contratos. Y, como al perro flaco todo se le ven pulgas, a los dieciséis años sufrió ya una cornada de la que a poco se muere. No se doctoró en Madrid hasta el 28 de agosto de 1898. Padilla, más moderno que él como matador de toros, pero que tenía ya su alternativa en la Plaza de Madrid, se la dió en una corrida mixta, que tuvo como final la lucida actuación de Vicente Pastor, matador de dos novillos. El Boto murió sin un ochavo. ¡Pobres toreros modestos!

Puesto a compadecerme de las víctimas del toreo —título éste de una obra del gran escritor Recortas, que yo busco por todas partes y no encuentro—,

me lamentaré ahora de la muerte del picador Herrera, que en su tiempo fué tan excelente en su profesión como hoy lo son los Atienza, Parrita, Barajas, etc. A Antonio Herrera y Cano, con más de treinta y siete años, un toro de Vázquez lo dejó conmocionado en la Plaza de Madrid, el 14 de junio de 1819, tras un gran batacazo. Conducido al hospital, murió dos días después. Si me fiara de otras fuentes de información, podría muy bien haber dicho que murió desnucado. Pero me equivocaría, lamentándolo, y tendría razón don Bruno del Amo para corregirme.

Y más que un párrafo de pésame por la muerte del toro Estornino, asecida en la Plaza de Málaga el día 15 de junio de 1851, sirvan estas líneas de propia confesión de papanatismo. Tonto del todo me quedé al leer que Estornino, cárdeno claro —de la ganadería de Lesaca, luego de Saltillo—, tomó cuarenta varas. Hubo ocasión en que, recargando, atravesó el ruedo de barrera a barrera; Chiclanero tuvo que separarle, coleando al bravísimo astado.

A propósito de esta clase de reses, en las que no tenemos más remedio que creer, también en Málaga fué lidiado el toro Cachucho, en el año 1828 y el 16 de junio. Cachucho aguantó diecisiete varas, por nueve caídas, de las que resultaron muertos ocho caballos. Grandes ovaciones se le tributaron a Cachucho por su alegría al arremeter contra caballos y caballeros. Estos le dejaron el cervigüillo convertido totalmente en llaga. Pertenecía a la vacada de Veragua, y cuando Lagartijo se dispuso a entrarle a matar, el noble y bravo animal dobló sus manos y patas.

Y, para esta misma lista de toros de otros tiempos, consignemos, también de Veragua, a Matacaballos. Era negro, y el 17 de junio de 1860 tomó dieciséis varas que le administraron Pinto el Naranjero, Francisco Calderón, el Pulón (J.) y Charpa. Fué banderilleado por Velo y Lillo, y lo mató Cúchares, que vestía de amaranillo y plata. También me es forzoso detenerme en el 17 de junio de 1793, porque "Un Curioso", en *El Diario de Madrid*, publicó la primera reseña taurina que se conoce. Se limitaba a enumerar los toros; a decir la ganadería a que pertenecían; añadía las varas y banderillas que tomaban, los caballos heridos y muertos, terminando por decir el nombre del matador y las veces que entraba a por uvas. Desde entonces hasta nuestros tiempos, reseñas y juicios críticos han evolucionado mucho. Sería pueril hablar de esto, que todo aficionado conoce. Pero, para mí, es una obligación rendir tributo de admiración a los escritores taurinos que me antecedieron, a los contemporáneos y, sobre todo, a "Un Curioso", que fué el padre de la criatura.

Ahora, no quiero dejar pasar la fecha del 18 de junio de 1916, porque la alternativa del espada mejicano Juan Silveti, en Barcelona, va a darme ocasión para escribir brevemente de esa postura de Arruza, que ha dado en llamarse "el teléfono", y que consiste en ponerse, rodilla en tierra, con el codo en el testuz y la mano izquierda en una oreja. Tengo entendido que fué Silveti el inventor y, según he oído contar, dejaba la muleta y la espada sobre la arena, se arrodillaba por completo y hacía "el teléfono doble". Con la mayor afabilidad —pues soy ferviente admirador de Arruza, en casi todo su toreo de arte y de emoción— le digo a Carlos que hable a voces si es preciso; que riña con la Telefónica y que dé un motivo menos a los taurómacos puros, que han comenzado a llamarle "el cirquense". Arruza no necesita del teléfono para ser valiente y gran matador de toros, en quien Manolite ha encontrado el mayor hueso, aunque se sonrían los manoletistas, a cuyo grupo me honro en pertenecer.

Y como Silveti me ha llevado más lejos de lo que hubiera deseado, con el 19 de junio de 1892, en que nació Julián Sáinz y Martínez —quinto de los Saleri, y no segundo, como asimismo se denominó—, saludo y me despidó hasta la semana que viene.

JUNIO

19

MARTES

A LA LUZ DE SEVILLA

De Enrique el ALMENDRO, banderillero de Joselito, a don Enrique Ortega, hombre de negocios

Por FRANCISCO MONTERO GALVACHE



Enrique Ortega, el popular Almendro, con nuestro colaborador

UNA charla con Enrique el Almendro —este fabuloso andaluz, que sabe y siente el cante grande de Manolo Torres y Chacón— es un maravilloso viaje por aquel tiempo de pasión y gloria de la fiesta de los toros que comprende los años de 1912 al 20. Enrique el Almendro fué banderillero de Rafael el Gallo, el año 12, y después, hasta la tragedia de Talavera, figuró en la cuadrilla de Joselito. Su vida es, pues, un mundo de anécdotas y recuerdos. Espiritu sagaz, fino, con ágiles y personalísimas ideas sobre todo cuanto ocurre en su alrededor, el Almendro pasea, bajo este fuerte y soleado mediodía de Sevilla, por el albero de un rincón del parque, donde buscamos una sombra propicia al diálogo tranquilo. El no quiere elegir el sitio porque dice que en Sevilla «hay luz confortable en cualquier sitio, sin buscarla». Y empezamos, con intervalos de certera documentación que aporta Raimundo Blanco —un día abordaremos el sevillanismo de este inagotable conocedor de los toros, el cante, la gracia y la magia andaluza— la charla con el antiguo rehiletero de José.

—Cuando yo empecé, no pensaba en salir a los ruedos. Yo tenía afición como la teníamos todos los chavales de entonces. Toreábamos en la Alameda de Hércules y en todos los barrios con cornamentos llevadas por el chiquillo que hacía de toro y, a veces, con los perrillos... Joselito —tenía entonces siete años— lidiaba a un perro de aguas, de un pintor que se llamaba Cayetano; aquel perro embestia como un toro. La gente se paraba para ver a José, con la blusilla recogida en la cintura y cinándose con un salero que nadie podía discutir...

Enrique el Almendro ha viajado mucho. Primero, por toda España, desde el momento en que José le llevó a su cuadrilla al irse de ella Pataterillo. Y el año 19 acompañó al maestro en su viaje a América. De este viaje son los mejores recuerdos que guarda de su vida de banderillero.

—Yo puedo describirle, detalle por detalle, todas las ciudades que he conocido porque me impresionaron mucho. Los alrededores de La Habana son un paraíso y no hay jardines como aquéllos. Lima —que ya usted sabe se le llama la Sevilla de América— es... Pero, ¿vamos a seguir con los toros?

El primo de los Gallos —una línea de sangre les une y una línea de gracia los hace inconfundibles— ha dividido el toreo en dos grandes etapas. La que él vivió, sirvió y conoció. Y... Esta —como él dice—, que es magnífica, pero que también es muy diferente.

—Entonces, hubo una figura —José— que era el resumen

de todo lo que se necesita para ser el torero genial. Tenía más afición que nadie. Hoy, cuando un torero tiene éxito, se compara con el que más funciona. Entonces, incluso los toreros grandes solían decir, admirativamente, que las cosas que hacía José a los toros no las podía hacer más que él. Luego llegó Juan y Juan fué un espanto de torero. La fiesta era una pura gloria. Y los que vivimos «aquello» sobre los ruedos, lo sabemos mejor que nadie.

El Almendro nos descubre algo que hasta ahora no se ha dicho acerca de la corrida que costó la vida a Gallito.

—Ya usted ve lo que es el sino de los hombres. Aquella corrida estuvo a punto de que la suspendieran. Era al mediodía y no habían llegado las puyas y las banderillas. Estábamos todos los de la cuadrilla en la fonda, comentando los pequeños incidentes que habían ocurrido desde la víspera y nos llegó un aviso de que no se celebraba la corrida. En vista de ello nos pusimos a comer y cuando casi habíamos comido, otro mensaje: que había toros. Imagínese usted cómo nos calzamos las taleguillas y lo que aquello nos contrarió. Se hizo el paseo —no sé cómo decirle!— con una cosa rara. Una especie de tristeza... Lo demás, ya se ha contado y se ha escrito

mucho sobre lo que pasó. Se acaba on los toros. A José no hay ni habrá quien pueda superarlo. Diecisiete o dieciocho veces toreaba en Madrid al año. Los públicos le exigían mucho. ¿Era un torero!

Enrique el Almendro recuerda con fruición —mientras atravesamos, entre acacias, este calor de flama que por este tiempo se nos viene encima— aquella etapa grande de su vida de torero, y nos dice que ahora es «espectador» y que por eso la fiesta le parece un espectáculo, en el que, felizmente, hay lidiadores de gran calidad que sostienen, como pueden, el arte en su sitio.

—¿Encuentra alguna relación entre el cante y el toreo?

—Mucha relación. Hay «cantaóres» que torear por naturalezas cuando están cantando. Y por góneras, y por chicuelinas. Son los dos cantes: el viejo y grande de las «seguiriyas» y los «polos», y el cante joven, más ligerito y suave. Además, cuando el cante es bueno, peiliza y se siente meterse en la sangre. ¿No pasa esto cuando un pintón pasa junto al corazón del torero y sale engañado? Cante corto y largo, como el toreo...

Enrique el Almendro prefiere, entre todas las suertes, la muleta y en la muleta el natural.

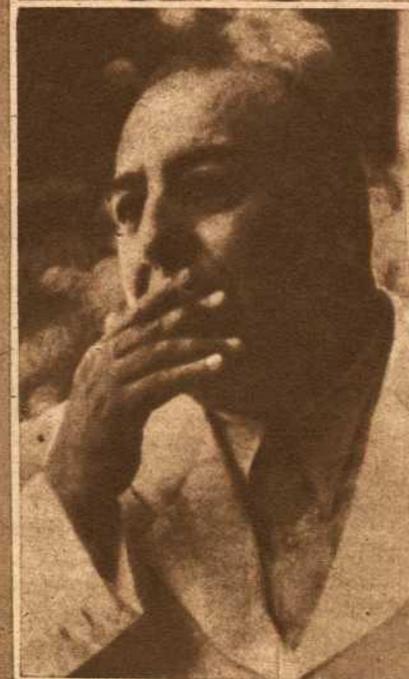
—No hay nada más serio ni más legítimo. El Almendro —una verdadera institución de simpatía en Sevilla— es ahora don Enrique Ortega, algo entrañable en la familia y los negocios de Domecq.

Desde el año 1932 —año en que toró sus últimas corridas a las órdenes de Domingo Ortega— pertenece a la Casa de Domecq. Lleva el nombre y la gracia de Jerez como un escudo y una estirpe.

—Ya usted sabe que de Jerez eran Manolo Torres —que hacía llorar cuando se cantaba por «seguiriyas» gitanas, y don Antonio Chacón, que se llevó a la tierra y al cielo las mejores malagueñas que se han cantado por el mundo.



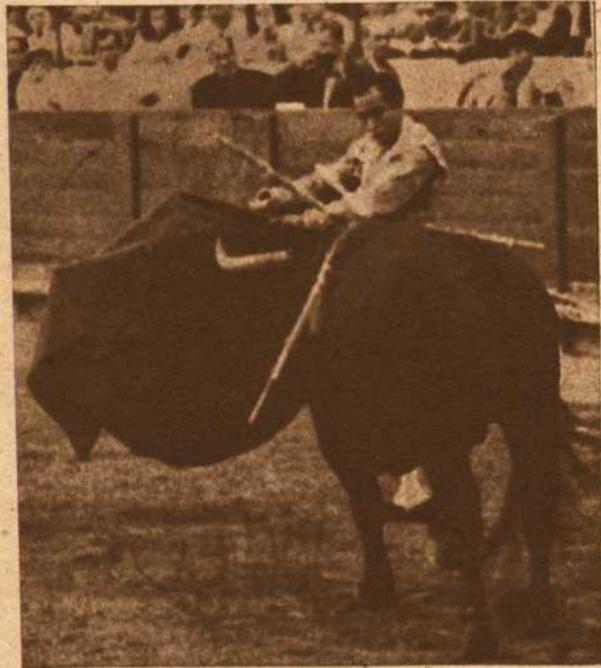
En la plana, cuatro momentos gráficos de Enrique Ortega hablando para EL RUEDO (Fots. Arenas)



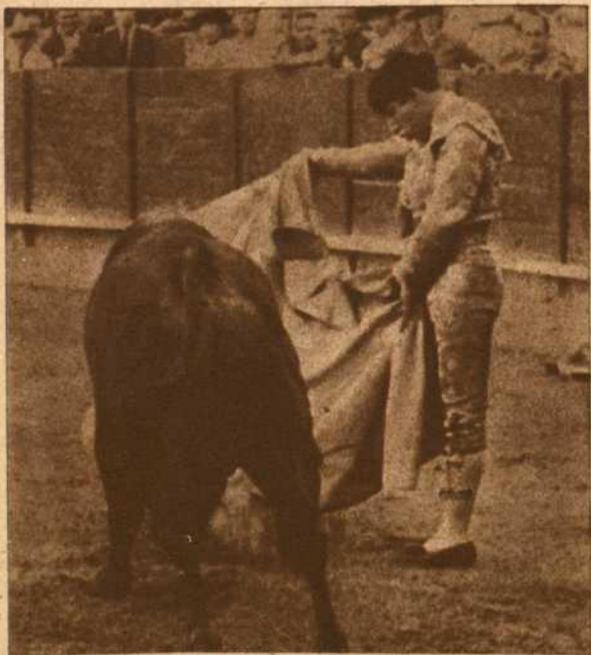
CARTEL DE BARCELONA



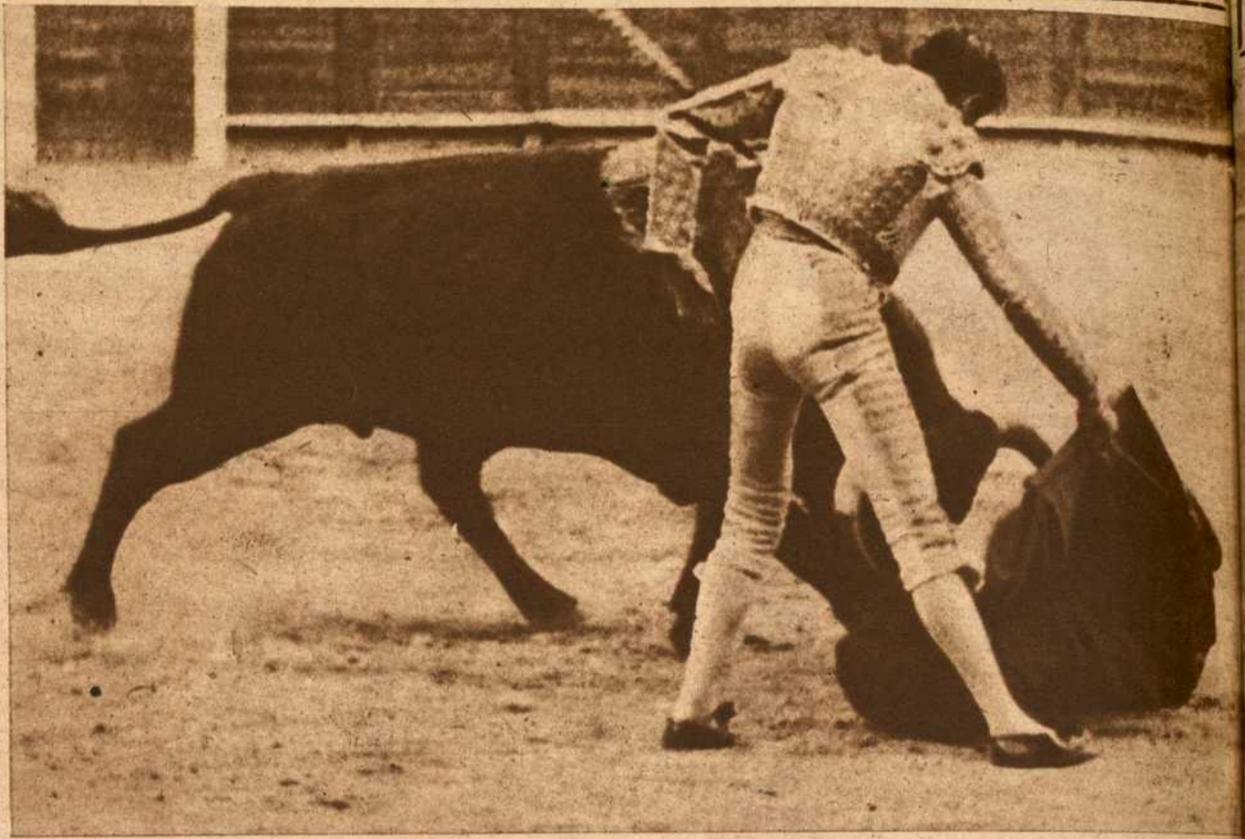
Conchita Cintrón dando la vuelta al ruedo, como premio a su actuación



Gallito, que se presentaba en España después de su regreso, empezando la faena de muleta



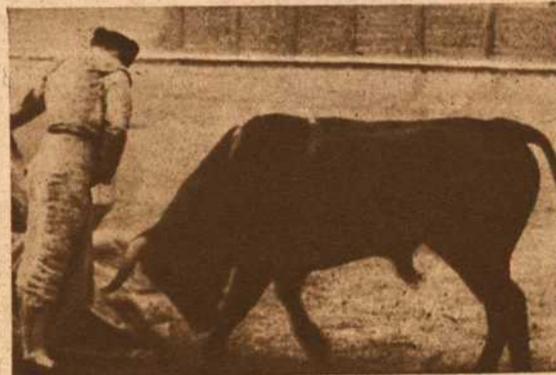
Gallito toreando de capa a su primer toro



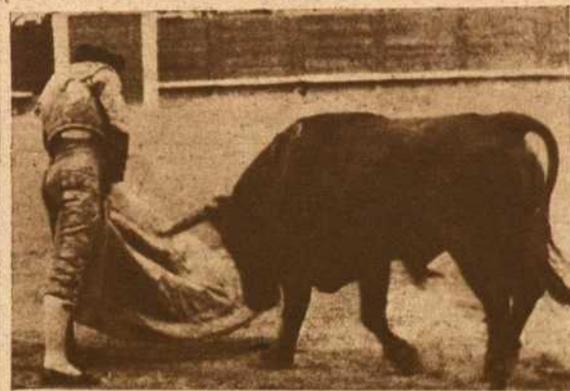
El mejicano Andrés Blando, que se presentaba ante el público español, toreando de muleta a su primer toro



Conchita Cintrón juega con el toro para encerrarlo



Morenito de Talavera en un lance de capa a su segundo



Una verónica de Gallito al intervenir en quites

BARCELONA, 10 (De nuestro redactor Subirán).— Otra corrida perteneciente al quiero y no puedo. Las únicas ovaciones de la tarde se las llevó doña Concha, rejoneando formidablemente a un novillote tallado y tal de Sánchez Valverde, que resultó bravucón. Cuando nos las prometíamos muy felices esperando el complemento de Juanito Tarré, un rejón de muerte, el primero, desgraciadamente certero, nos dejó sin el postre.

Conchita Cintrón sigue en plan de gran figura y como ídolo de la afición barcelonesa. Dió la consabida vuelta al ruedo y se hartó de recoger flores y tuvo que saludar desde el centro del anillo.

El resto, nada o poco menos que nada. Ni una salva de aplausos ni una sola silba. Los cinco restantes, de Sánchez Valverde, de Salamanca, y el berrendo en negro, de Calderón, de los prados andaluces de Marchena, bien presentados y mejor armados, no se prestaron al menor lucimiento. Cumplieron bien con los montados, pero fueron muy a menos y llegaron a la muerte imposibles, si bien es verdad que los del castoreño, especialmente en los dos primeros de lidia ordinaria, hicieron todo lo posible para que llegaran a la muerte aplomadísimos.

Con esta nueva mansada, Gallito hizo en su prime-

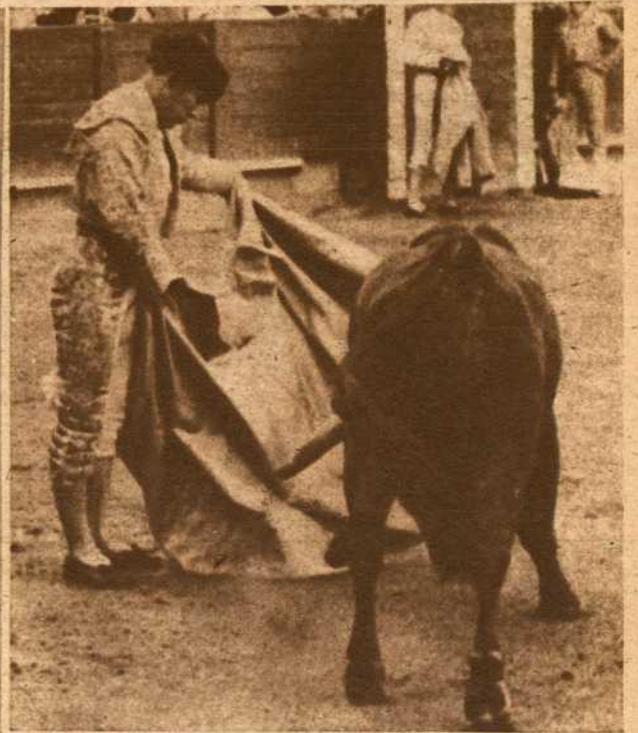


Un estatuario del gitano al primero de los suyos

Conchita Cintrón, Gallito, Andrés Blando y Morenito de Talavera



Morenito de Talavera adornándose en la faena de muleta



Morenito de Talavera en un quite toreando de capa

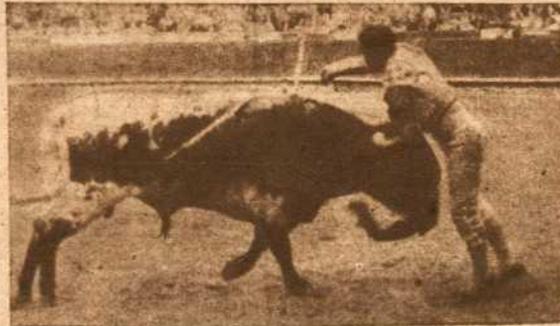
ro, con capa y muleta, cosas pintureras; el toro iba a menos; el torero no pudo continuar en el mismo plan, y el disgusto lo compartieron torero y público. En su segundo, manso y peligroso, el gitano tiró a salir del paso con brevedad, y lo consiguió; por lo cual Gallito, el de esta temporada, continúa inédito para nosotros.

La presentación de Andrés Blando, mejicano, se redujo a unos lances a la verónica magistrales en su primero; luego se quedó sin toro, y aun cuando intentó la faena, no pudo, y todo quedó en el quiero y no puedo. Discreto en su segundo, manso y difícil, no pudo ampliar lo que nos prometió al venir. Parece ser un buen torero, cuyo fuerte no está en el acero; con gran asombro de todos, no puso banderillas.

Morenito de Talavera vino con ganas de confirmar la recuperación apuntada en otras Plazas. Dos pares de banderillas, una tanda de lances y algún muletazo suelto fué lo máximo que pudo conseguir; cargó con el peor lote, incluso con el berrendo en negro, de Calderón, que era, pese a su buen tipo, manso hasta las pezuñas.

No nos divertimos, pero tampoco pesó la corrida, despachada en hora y media. La brevedad fué un acierto del trío, y todos lo agradecieron.

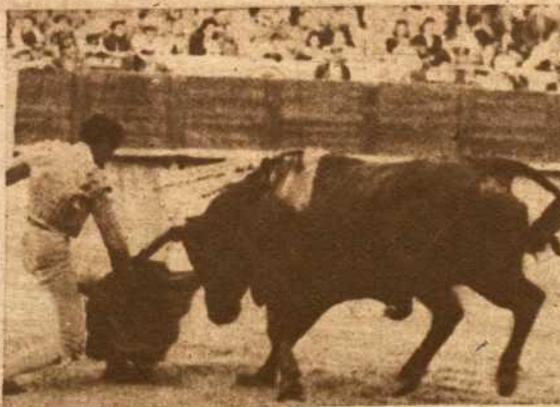
Hay que ver de nuevo a Gallito, a Blando y Morenito de Talavera para poder dictaminar.



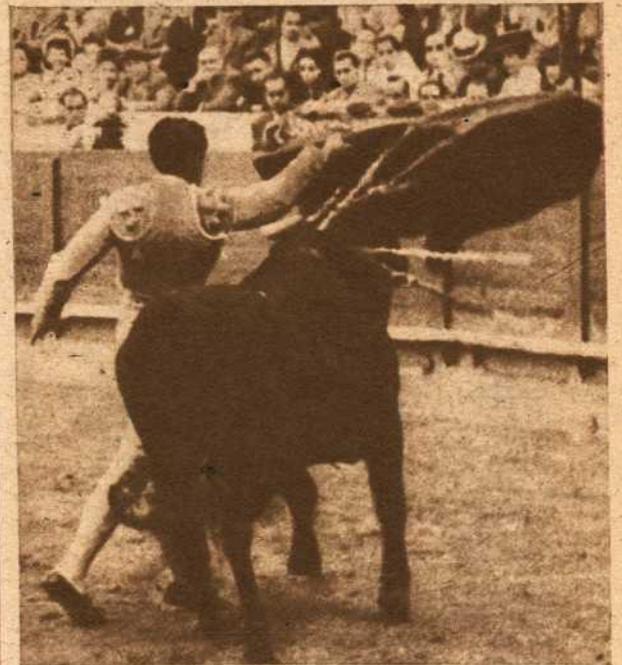
Morenito entrando a matar



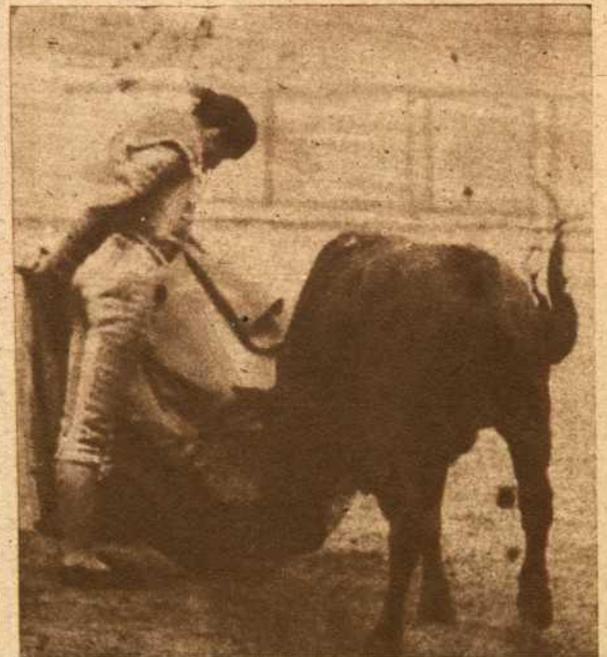
El mejicano Blando pasando de muleta a su primero



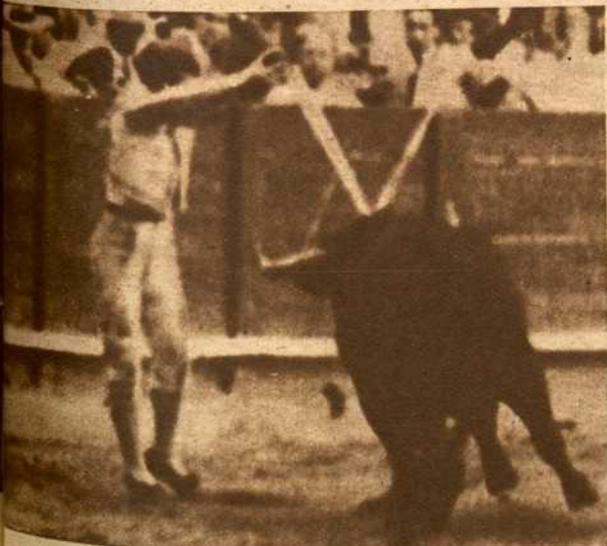
Un muletazo por bajo del mejicano



Andrés Blando en un pase ayudado por alto



El torero asteca dando un lance de frente por detrás (Fots. Valls)



Morenito clavando un par de banderillas junto a las tablas

LORENZO GARZA, OTRA VEZ EN MADRID



Lorenzo Garza, otra vez en España, charla en el cuarto del hotel



rama que le rodea ha cambiado. Estamos en el vestíbulo de un gran hotel, y aunque cuando se marchó ya el triunfo le había sonreído, hoy vuelve de su patria, donde ha estado colocado en el pináculo de la grey taurina hasta su retirada. Hoy ya no es el novillero; hoy es un matador de postín.

—Soñaba yo con mi vuelta a España. Cuando me retiré, en el año 42—nos dice—, para atender mis negocios, ya dije que en cuanto se pudiera volver a esta tierra, me cenaría de nuevo la taquilla. Y como ve, cumplo lo que prometo.

—Y este tiempo alejado del toro, ¿no le restó acción ni deseos de volver?

—En absoluto. Primero, porque mi alejamiento no ha sido total. Tengo una ganadería que he hecho con sementales de San Mateo, procedentes de Saltillo, en el Estado de Zacatecas, compuesta de unas cuatrocientas cabezas, y, por tanto, me he mantenido dentro del ambiente taurino. Además, que yo soy de los que tienen el mal de montería, y contra ése no hay quien pueda luchar. Soñaba con volver otra vez a la vida activa, y ahora es cuando me encuentro a mí mismo. Hube de reaparecer primero en mi tierra, porque en ello había compromiso. Pero es aquí, en España, donde me hice torero; donde tengo verdaderas ansias de vestir el traje de luces. ¿Que me salga un toro, aunque el otro se me vaya vivo!

Saborea el puro y mira hacia la espiral que forma el humo. Hay en su mirada decisión y muchas ilusiones. Y ensimismado en su deseo, aspira fuerte nuevamente del veguero, como si quisiera tragar ese toro que espera.

—A usted no le fué fácil el triunfo, ¿verdad, Lorenzo?

—En efecto: pero de ello tiene gran culpa mi temperamento. Yo no había pensado nunca en ser torero, ni había visto una sola corrida en mi vida. Pero estaba lleno de ambición. Quería ser algo pronto. Y así, fui aviador, boxeador y marino. Claro está que a los pocos días mis deseos eran superiores al desarrollo natural de mi profesión. Hubiera querido ser un «as» del aire al mes de prácticas, capitán de un barco en cuanto puse el pie en el puente y combatir con el campeón del mundo a la semana de calzarme los guantes de boxeo. Pero eso no podía ser. Y entonces, viendo una revista taurina, se me ocurrió dedicarme al toreo.

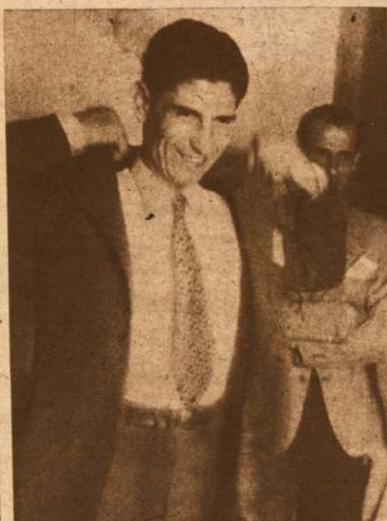
—Pero si usted no había visto un toro nunca...

—No importaba. Mis deseos me empujaban hacia algo en donde el triunfo se pudiera alcanzar en una sola tarde. Y nada mejor para esto que los toros. Una gran faena, y en seguida a figurar entre los mejores. Así pensaba yo.

—Entonces, ¿empezó usted a

VIENE Lorenzo Garza de nuevo a nosotros con la misma cara de novillero ansioso de alternativa y de triunfos con que se fué de España el 4 de julio de 1936. Queremos decir que por su perfil de chamberlero no han pasado los años. Viéndole, se nos ocurre pensar que ni él se fué ni el tiempo ha transcurrido y que esta misma tarde le vamos a ver en una de aquellas novilladas que toreó con El Soldado, y que tanto revuelo armaron en el corralo taurino.

Sin embargo, el panorama que le rodea ha cambiado.



«Vamos para la calles. Y se pone decidido y sonriente la chaqueta»

El torero mejicano ha tomado dos veces la alternativa en España

torear inmediatamente?

—Me reuni con unos amigos que ya sabían algo de toros, me adiestraba de salón con ellos, y a los pocos días dominaba las suertes a la perfección, pero sin enemigo. En estas condiciones, fué al corralo de Las Golondrinas, del que era dueño el patrón donde yo trabajaba, y me enfrenté con un toro por primera vez, sin haber visto jamás una corrida más que en las páginas de los diarios.

—¿Y tuvo éxito?

—Muy grande, porque inmediatamente me salió un contrato. Pero para que usted vea hasta dónde llegaba mi ignorancia, le contaré con detalles lo que pasó. El empresario que me con-



El mejicano Garza, el domingo en la Plaza de las Ventas, con su apoderado

trató iba también a llevarse una corrida. Yo estaba con él y le di mi opinión: «Este, ese, aquel otro, el de más allá—le decía—, son unos toros muy buenos.» «¿Por qué lo sabes?», me dijo. «Pues porque los he torreado ya.» «¿Tú te atreverías?» «Ya lo creo», le contesté. Y ése fué mi debut. Era tal mi



Igual que cuando se fué, Garza vuelve con la misma cara de novillero

¡Que me salga un toro, aunque el otro se me vaya vivo!

«Una de mis mayores alegrías ha sido que fuera de mi ganadería el toro que cortó la primera oreja en Méjico Pepe Luis Vázquez»

ganadería, ¿no se dedicó a producir películas?

—Sí; algunas he hecho, y una de ellas la traigo conmigo. Es un guión original mío, y en la que yo actúo además como protagonista. La primera figura femenina es María Antonieta Pons.

—¿Qué le ha parecido la temporada que han hecho los españoles en Méjico?

—Muy buena. Y he visto a Pepe Luis en una tarde inmejorable, y es una que mejor taena ha hecho Antonio Bienvenido a toreaba conmigo.

Gitanillo, Cagancho, Gallito, todos me han gustado mucho. A Joaquín le he visto más valiente que nunca.

Gira la conversación otra vez sobre sus deseos de actuar en los ruedos españoles. Cuando de esto se habla, la mirada de Lorenzo cobra intensidad. Yo creo que hubiera querido desembarcar, en vez de en el puerto, en una plaza de toros, al mismo tiempo que se iniciaba el paseíllo.

Le pregunto: —¿Cuándo le veremos actuar aquí?

—En Madrid quieren que sea para el 28 de este mes y 1 del que viene. En Barcelona tengo dos, que pudieran ser el 24 y 27, y me han hablan-



Antes de salir hay que coger unos papeles que necesita

ignorancia, que no sabía que los toros aprenden al ser torreados. Y así fué la cosa. Cuando me enfrenté con ellos por segunda vez, me dejaron desnudo en el ruedo.

—Buen principio. Pero luego...

—Me costó mucho trabajo llegar donde quise. Hube de tomar en España dos veces la alternativa. Una, en Santander, que me la otorgó Pepe Bienvenida, siendo testigo Maravilla, y a la que renuncié más tarde, para volver a las novilladas, y luego, la definitiva, en Aranjuez, que me la dió Belmonte, actuando de testigo Marcial Lalanda. Pero hasta llegar aquí hubo mucho que luchar. El principio de mi carrera tau-

do del 29 en Segovia. Todo ello depende de que haya ganado en condiciones.

Nos enseña unas fotografías recientes —«Son no más de hace mes y medio», dice—. En ellas se ve a Lorenzo toreando de muleta con su estilo característico. Suave, mandando y con aguante. Su afición se desborda al recuerdo.

—¿Cómo me salga el toro...!

Está entusiasmado, y pienso que es ésta —su vuelta— su mayor alegría. Se lo digo.

—En efecto; pero diga usted también que hay que unir a ésta la que como ganadero tengo por ser mío el toro al que cortó Pepe Luis la primera oreja en El Toreo. También Gitanillo de Triana hizo lo propio con otra de mis reses. Mire usted; yo sufro tanto de ganadero como de matador. Y por eso, los éxitos de mis toros los aprecio tanto como los de torero. Este año he dado diez corridas y no estoy descontento de ellas.

—¿Se va a llevar usted sementales de aquí?

—Algo de eso quiero hacer. Pero aun no tengo nada decidido.

—Como torero y ganadero, ¿qué le parecen los toros de aquí comparados con los de su tierra?

—Los de España son más fuertes, más alegres. Por lo menos, los que yo toreaba. Ahora, apenas si me ha dado tiempo de afirmarme en mi idea, porque he llegado de Lisboa ayer y no he visto más corrida, claro está, que la que se dió el domingo. Sin embargo, ¡tengo tantas ganas de comprobarlo, muleta en mano...!

Y vuelve a la idea fundamental que lo empuja. ¡Un toro! Levanta la cabeza y deja vagar su mirada. Seguro de que se está viendo ya en la Plaza y cogido en hombros por una muchedumbre ronca de chillar y frenética de entusiasmo.



Tres gestos de Lorenzo a su llegada a Madrid (Fots. Manzano y Anari)



Un repaso de la maleta para dejar las cosas en orden antes de irse a la calle

J O S E L I T O

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE



llos y cantan su canción monótona y cansina los cánticos de las norias de las huertas. Allí, por el año de 1895, tenía el señor Fernando, dos veces sevillano por torero y labrador, su cándida casa campesina, ante cuyos muros enjalebados, resaltando por contraste, hacían centinela unos olivos venenosos, cansados y retorcidos. Detrás se abría, como en el verso autobiográfico de Antonio Machado,

Un huerto claro donde madura el limonero.

Más atrás todavía, en un descampado libre de árboles, curvaba sus tapias un anillo torero, donde el viejo matador de toros encerraba bocanetas para adiestrar en su profesión a sus hijos, Rafael y Fernando, que contaban entonces trece y once años. Allí, su ocaso prematuro por toda una vida de sobresaltos, tuvo un postrero resplandor de aurora en el nacimiento de su último retoño, que fué después, en el cielo toromaco, sol pino de mediodía y se apagó de pronto en el cenit. Ahora ya, en algunos diccionarios enciclopédicos, en las breves líneas dedicadas a Gelves, brilla una frase, timbre y blasón de toda la historia del pueblo: "Patria del torero José Gómez, Gallito".

¿Constituía aquel retiró heráclito del rústico poeta lírico, que no hacía versos, ni casi sabía leer y escribir, el único resto de la fortuna ganada tejiendo poemas con estoque y muleta entre las astas de los toros? Tal vez. Fernando Gómez, torero por los cuatro costados, era, como tal, rumboso, y amaba la vida alegre, precisamente porque se la jugaba, y quería dejar más leyenda que riqueza, y sentíase además un poco rey entre su tropa de gitanos, que no son gente que guanta lo que consigue, pero procura andar cerca del dine-

ro. No apretaba, pues, la mano el Gallo cuando tenía en ella unas monedas, y muy grande hubo de ser el trapo de su muleta para tapan un puchero al que tantos se acercaban. Un día, en Barcelona, el 25 de octubre de 1896, la flámula se le escapó de la mano para siempre, y otro, el 2 de agosto de 1897, se le escapó también la vida en su rincón sonriente de Gelves. El año de 1898, cuando Joselito sólo contaba tres, dejó toda la familia la casa campesina y aquella placita de adbes que había sido molle de sus toreros. Acaso, el niño sólo pudo saber de oídas, porque se lo contaron, cómo en aquella placita, cuando no tenía todavía uso de razón y apenas empezaba a hablar, le entró a matar de mentirijillas, con un escamujo en la mano a guisa de espada, a otro muchachito, su hermano Fernando tal vez, que le embestia a gatas y fingía los bramidos de un toro, y de aquellos tres años de su primera infancia al aire libre, sin edificios altos que le escamotearan el cielo, al amarr del sol bravo que le templó y forjó vigoroso y resucito, como no fueron los de su casta, sólo le quedó después, recuerdo inconsciente y sensitivo en toda su breve vida de hombre, la lección clara y limpia del agua corriendo en las acequias, bajo las tejas, por entre los naranjos de oro de su huerto.

En Sevilla vivía la viuda con sus seis hijos, todos menores de edad —no se habían abierto en rosas los capullos de Gabriela, Trini y Lola—, en una casa de vecinos, la número 7 de la calle del Marqués de Parada, y pagaba por el piso-nuevo duros al mes. Ya no la perfumaba el aire huertano de Gelves; pero también el cielo de Sevilla era azul y sonreía, en las ventanas, y el primogénito, al volver de sus primeras andanzas taurómicas, traía en la muleta en rama, más grande aún que la del señor Fernando, muchas cosas, que no eran faisanes ni trufas, pero tampoco eran sólo tomates. En cuanto sonrió un poquito la suerte se mudó a un piso más grande, en la calle del Relator. Siguiendo el ejemplo de Minuto y Faico, se organizaban otras cuadrillas juveniles e infantiles: Machaquito y Lagartijo II, Borinqueño y Manolete —padre del fenómeno actual—, y en medio, Gallito y Algabino Chico. Fernando iba de banderillero con Rafael, y Joselito era todavía demasiado niño para ser torero. ¡Ni Dios quisiera! —pensaba la mamá Gabriela—, y en la esperanza de que su último retoño no le costara sustos y lágrimas, lo llevó a un colegio de párvulos de la calle de la Feria. Mientras tanto, aquel de quien dijo un día el primer Rafael de la Córdoba taurina, "que a nadie había visto hacerlo mejor", empezó a llamar la atención de públicos y Empreras, y pudo nudarse otra vez y llevar a toda su gente a un hotelito de la Alameda de Hércules, que habría de ser, andando el tiempo, propiedad



de José. De allí salió éste, cuando tenía siete u ocho años, en viaje a Cádiz para ver torear una novillada a su hermano Rafael, y desde que vivió la fiesta se olvidó del colegio. Tanto le gustó aquella novillada que decidió él mismo "hacer novillos", y casi todas las tardes se iba a la Alameda a jugar al toro con otros chicos de su edad y mayores que él. Parábanse los transeúntes a ver simular las suertes del toro a los torerillos en cantuto, y cuando Joselito se retrasaba, o no llegaba porque se le había llevado a la fuerza al colegio, preguntaban por él, ansiosos, a los demás chicos:

—¿No ha venido hoy el pequeño de los Gallos, no va a venir?
Y un día, un muchacho que se llamaba Cayetano, respondió lleno de alborozo:

—¡Ya lo creo que viene, pos no va a venir! Esperarle. Hoy vais ustedes a ver algo muy bueno; porque va a torear a mi perra, que se llama Diana y embiste la mar de bien.

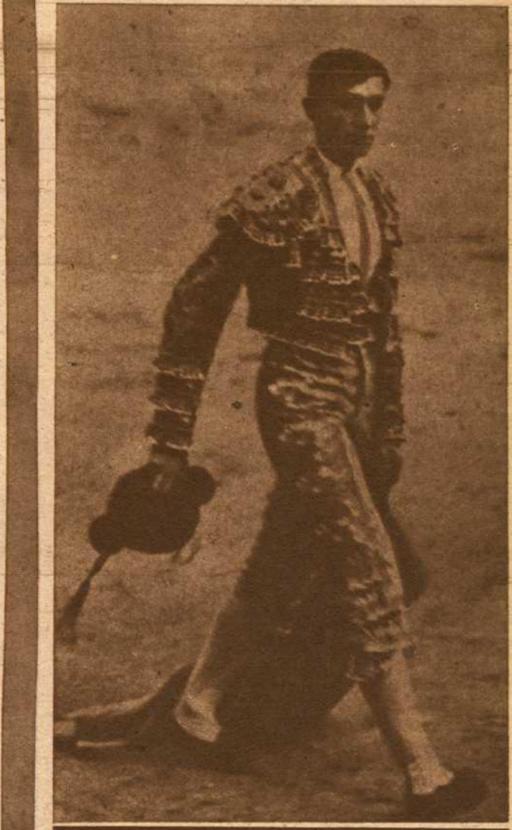
Joselito se hartó de torear a la perrilla de aguas, que era noble e inocente y no se picaraba, y ejecutó con ella a maravilla todas las suertes del toro. Oyó entonces los primeros aplausos de su vida, y después... después, andando el tiempo, su muleta dominadora convirtió en perros, tan dóciles como Diana, toros muy poderosos y difíciles, hasta que un día... ¡Un día le salió un lobo!

Pero no vale adelantar los acontecimientos. Los juegos de la Alameda le hacían ansiar, mejor que el amigo camarada y la amiga perra, un enemigo de verdad, y empezaron las excursiones matinales a un sitio llamado La Barraqueta, donde había una huerta, que le daban La huerta del médico porque era propiedad del doctor don José Sánchez, padre de aquel Ignacio Sánchez Mejías, gran torero, banderillero en la cuadrilla de José, su cuñado después, su rival, su camarada y el vengador de su muerte, pues que fué quien remató en la Plaza de Talavera de la Reina al asesino toro Bailaoz.

Perdóneme otra vez quien leyere, si otra vez, antes de tiempo, vuelvo a hablar de la muerte prematura de José. Acaso, sin que yo lo pretenda y sin que pueda evitarlo, su recuerdo habrá de ser como el leit motif de este pobre libro que, más que biografía y estudio crítico, quisiera mi sentimiento forjar a la vez, como apologetica memoria, panegírico y oración, ditirambo y responso.

En La huerta del médico había vacas de leche, y los chiquillos acudían intentando torear a las crías, en la esperanza de que se arrancasen de la ubre al trapo, como habían visto que ocurría entre los recéntales de casta brava; pero aquellos eran de raza mansa y los muchachos se limitaban a danzarles en torno, porque los terneros no sabían ni huir, y todo se reducía a una simulación de toro ejecutada completamente al aire. Sólo a Joselito, según es fama entre los que presenciaron y no han olvidado todavía la pueril hazaña, se le arrancaba a medias alguno de esos minúsculos to-

retos, aburrido, vencido, enfreído momentáneamente, porque el muchacho se ponía muy cerca y lo atosigaba y hasta le daba golpecitos con la mano en la testuz para obligarle a topar, como si se tratase de un camero. Mucho tiempo después, ya torero de profesión, hubo de acordarse José de esta habilidad para conseguir que sólo a él le embistieran los toros mansos y reservones que no le embestían a nadie, y alguien recordará, como yo recuerdo, la paciencia y la porfía con que una tarde de fiesta campera, en el cortijo de Cuart, entre la admiración de ex toreros y toreros muy avezados —el inmenso Guerrita, Bonarillo, Faico, Machaquito y Manolete, padre, logró torear a una becerria que todos habían declarado completamente inútil para la lidia. Había entrado el bicho al cerrado y huía de los capotes, escupiéndose y bufando, para empender después una carrera circular al hilo del vallado tirando conadas, con el fin de romper el obstáculo y escaparse al campo, y demostrada así su invencible mansedumbre, se dió orden para que le abrieran la puerta. Mientras hacían esta operación, se fué la becerria a los medios, donde se quedó quieta, en muy pacífica actitud, y entonces Joselito, que era apenas novillero y no había cumplido los quince años, rogó que cerrasen otra vez la puerta y le dejaran torear a la becerria. Dijéronle que era imposible; pero tanto insistió el muchacho, que decidieron complacerle, y entonces él, provisto de una muleta y un bastón, se escondió en un burdadero, de donde asomó a poco, alegrando al animal desde lejos. La becerria no se fijaba en él y el muchacho avanzó unos pasos tapándose con el engaño, extendido como para dar un pase ayudado; miróle entonces la cornépa



Correspondiendo a las ovaciones del público, Joselito da la vuelta al ruedo

sin hacer movimiento alguno para embestirle, y Joselito, fingiendo un gran susto, volvió a meterse en el burdadero, de donde volvió a salir tres o cuatro veces, repitiendo el juego y apaciguándose cada vez más. Refeñase a carcajadas los espectadores de lo que parecía inútil faena; pero una de las veces se encampanó la becerria, picada acaso su curiosidad, y avanzó unos pasos hacia el bulto que se movía delante de ella, y Joselito volvió a avanzar hacia el bicho, y en cuanto éste se detuvo le dió un medio pase por delante. Así, la arrancada se hizo más larga hasta llegar a ser completa, cruzando por bajo hasta media docena de pases magníficos. (Continuará)

Joselito, en los principios de su carrera taurina, vistiendo el traje corto

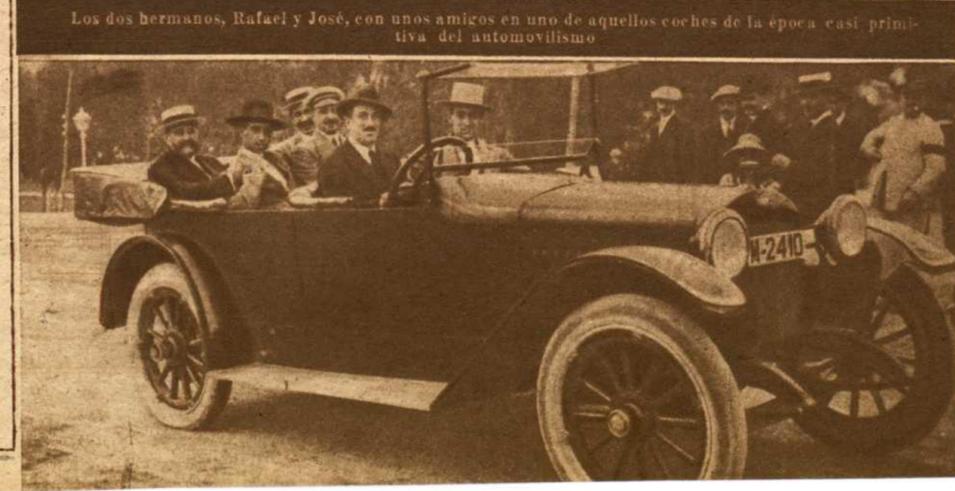
IV

S EIS kilómetros al sur de Sevilla, donde la ciudad, infinita hacia adentro, vuelve a ser campo, frente a la desembocadura del Guadalquivir, en el camino que va a Coria del Río, el pueblo de Gelves, recostado en la colina del Aljarafe, da cruce su sueño blanco y luminoso. Porque es todo él un vergel, donde encienden sus globos de oro los naranjos, y desciende en anfiteatro para tenderse en el llano, tiene una vaga reminiscencia noble y antigua, romana y africana. En el aire diáfano, bajo el azul profundo, rompe el silencio un trémolo de esquías y de gri-



El torero de Gelves, al dar comienzo a una de sus inolvidables faenas de muleta, cita al toro con las rodillas en tierra

El torero de Gelves, al dar comienzo a una de sus inolvidables faenas de muleta, cita al toro con las rodillas en tierra



Los dos hermanos, Rafael y José, con unos amigos en uno de aquellos coches de la época casi primitiva del automovilismo

EL ARTE Y LOS TOROS

El tema taurino en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

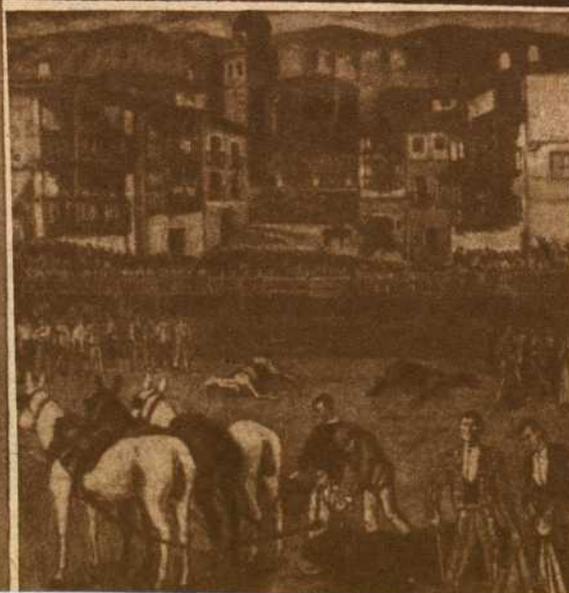


Después de la faena original de Ricardo Macarrón



«Torero de negro y grana», cuadro de Vázquez Díaz

«Las mulillas», pintado por José Gutiérrez Solana, obra característica del genial pintor



«Pepita», bella muestra de arte de Juan Giráldez

EN ese amplio y lucido concurso pictórico de la actual Exposición Nacional de Bellas Artes, a la que concurren en fraterna camaradería artística, con los valores más destacados y sobresalientes de la veteranía de la pintura, los modernos y jóvenes mantenedores de las más recientes escuelas, no podía faltar el tema taurino —como no está exento el religioso— que ha sido, a lo largo de la pintura española, tema preferente de la labor creativa.

Y no podía faltar el tema taurino, ya muchas veces lo hemos dicho, porque vinculado en el más rancio costumbrismo nacional, en los gustos y aficiones de casi todo español, había de exteriorizarse en los propios mantenedores de la pintura, que enamorados del asunto y conociendo lo colorístico, lo lumínico y enormemente pictórico y atractivo del tema, entregáronse a él sin reservas e incluso con una dedicación absoluta. Que si ya Goya, partiendo principalmente del siglo XVIII, nos deslumbró con su «Tauromaquia» y sus célebres retratos de toreros, y Lucas Alenza, continuaron su camino, el siglo XIX fué pródigo en el tema, que mantuvieron no pocos pintores de acreditada valía y demostraron méritos; Elbo, Castellanos, Villegas, Fortuny, Jiménez Aranda, etc., enlazan con Simonet, Denis, Sorolla, Zuloaga, Domingo, Bermejo, López Mezquita, Huidobro, Benedito, Solana, Vázquez Díaz y tantos más que en la actualidad aún sostienen el rango de la pintura taurina.

En esta mañana pastosa, calenturienta y un tanto agobijadora, del mes de junio, hemos buscado, entre las frondas apacibles y risueñas de los jardines del Retiro, el Palacio de las Exposiciones, y cuando vencida ya la escalinata de acceso hemos entrado en el gran vestíbulo del que parten las distintas salas que, cubiertos sus paneles, muestran al visitante la riqueza de gamas y colores de las más recientes y diversas obras pictóricas, nuestra afición por lo popular, y por ende, nuestra devoción española por la fiesta de toros, nos ha hecho buscar el tema, que al fin y al cabo, es lo que veníamos deseando. Y en efecto; allí, de una manera u otra, directa o indirectamente, está el tema taurino diciéndonos una vez más que el asunto no se agota ni debilita, y que, por el contrario, se sostiene vencedor con la misma pujanza de sus mejores tiempos. Varias son las obras y varios los autores: Gutiérrez Solana, Vázquez Díaz, Giráldez, Soria Aedo, Macarrón, José Tola Fernández, López Padial...

Gutiérrez Solana nos ofrece, y no es la primera vez que lo hace, con su cuadro «Las mulillas» o «Corrida en Castilla», de la colección Juan Valero, una sugestiva

va estampa de la lidia en ciertos pueblos adentrados en el corazón de Castilla, donde a la bondad compositiva y a la admirable destreza demostrada en los últimos términos, se une la gracia con que se ha buscado el tema desarrollado de esa manera tan excelente y a la vez tan discutida, que caracteriza a este genial pintor, que, quierase o no se quiera, será en el futuro uno de los artistas más sólidamente colocados y que más se busquen dentro y fuera de España sus obras. Daniel Vázquez Díaz, pintor en el que tampoco están exentas esas genialidades creativas y en el que un espíritu nuevo y renovador alienta toda su obra, digna de un amplio análisis y detenido estudio, nos ofrece, con su «Torero en negro y grana», una muestra más de su arte personalísimo. El artista sintió una vez más la entusiasta y ferviente devoción al tema y a él se entregó para brindarnos el atrayente empaque de ese diestro, que en un maridaje perfecto de colores suaves y bien buscados dentro de su oscuridad de fondo, nos habla de esa supremacía de su creador en los tonos bellamente enlazados. Juan Giráldez, artista que cada día nos descubre nuevas posibilidades de su pintura, digna de altas empujes, pone en la Exposición Nacional, con sus dos lienzos: «Carmela» y «Pepita», una de las más sugestivas notas, buscando en el ropaje torero el atrayente motivo del retrato. En verdad que ante estos dos lienzos de tan ilustre pintor hemos sentido un indescifrable bienestar, por cuanto a la gracia y atracción de los modelos se ha unido el depurado estilo de una pintura, que plácenos en esta ocasión el elogiar.

Con ellos, Soria Aedo, de que en otras ocasiones hemos hablado extensamente, nos da, con su tela de grandes proporciones «La Gorriona», acaso más débil de calidad que las restantes y bellas obras suyas presentadas en el Certamen, una muestra de que su devoción por los temas taurinos no se extingue y que aquí en esta obra, no carente de cierta gracia, sabe mantener con ese dominio de la pintura que ya de antiguo nos tiene afortunadamente acostumbrados.

Con ellos Ricardo Macarrón, con su obra «Después de la faena», en la que se acusan rasgos y pinceladas dignas de un consumado artista, y Tola Fernández con su bello aguafuerte «Toros en el pueblo», prometedor de triunfos en este difícil sector artístico, así como López Padial con su tela «Grana y oro», de bellas coloraciones y cierta habilidad compositiva, acreditan y ponen de manifiesto la existencia del tema taurino en una tan importante como trascendente Exposición que es la Nacional de Bellas Artes de este año.

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

RICARDO VEGAS, CONSUL GENERAL DEL PERU

Una de sus mayores alegrías es poder ser espectador asiduo de la primera Plaza del mundo DESDE QUE ESTA EN MADRID NO HA PERDIDO UNA SOLA CORRIDA



ESTE gran aficionado que presentamos hoy a ustedes, hace poco más de un mes que ha empezado a ver corridas de toros... en Madrid. Es decir, el tiempo que lleva entre nosotros. Pero su admiración por nuestra fiesta tiene ya muchos años de historia. Como que data de cuando vió por primera vez, allá en su Lima natal, a Juan Belmonte, padre.

—Y eso que yo fui a los toros la primera vez lleno de prejuicios: la crueldad de la fiesta, el pobre espectador de los caballos... Pero inmediatamente quedé ganado por su colorido y por su belleza, por su arte y por su emoción. En aquella corrida primera que yo vi toreaban, además de Belmonte, Martín Vázquez y Saleri. ¡Un gran cartel de aquellos tiempos! La impresión que recibí fué extraordinaria. Me convertí automáticamente en un entusiasta de los toros. He visto muchas corridas en mi país y en otros de América, donde he estado: Y una de mis mayores alegrías, al venir a España como cónsul general del Perú, es esta de poder ser

ahora espectador asiduo de la primera Plaza del mundo.

Hablamos, pues, con don Ricardo Vegas García, cuyo mayor orgullo es su pura sangre española. El actual cónsul general del Perú es, además, un periodista de brillante ejecutoria, que ha ejercido la profesión activamente durante quince años. En sus tiempos estudiantiles ya alternaba las tareas universitarias con el trabajo en la Redacción de "La Prensa", diario que es el segundo, en orden cronológico, de los que se publican en Lima. De "La Prensa" salió por incompatibilidades políticas. Durante diez años fué redactor-jefe de "Variedades", publicación semanal de gran circulación, al estilo de "Blanco y Negro". También fué redactor-jefe del "Universal" y representante, por espacio de trece años, de "La Nación", de Buenos Aires. Es fundador y fué secretario del Círculo de la Prensa, de Lima, y vocal del Ateneo. Ha sido cónsul de su país en varias naciones americanas, entre ellas la Argentina, en la que ha desempeñado este cargo en tres ocasiones. En Buenos Aires fundó la revista "Perú", semanario ilustrado, que contribuyó grandemente a estrechar y difundir relaciones comerciales y literarias entre los dos estados de Suramérica.

—¿Se dan muchas corridas en Lima?

—No. La temporada es corta. Juanito Belmonte ha torreado en la última seis corridas. Puede que se hayan dado hasta doce, en total, en Lima, se entiende, que es donde está la Plaza única que tenemos. Fuera de la capital, las corridas se celebran en Plazas improvisadas.

—¿Ha habido algún torero peruano destacado?

—Destacado en el país, sí; pero la verdad es que, fuera de él, apenas han sido conocidos. La figura más importante en este aspecto fué la de Angel Valdés, que era negro y que llegó a alcanzar gran renombre y popularidad en nuestra tierra.

—¿Qué ganado es el que se lidia allí?

—Hubo dos buenas ganaderías: la llamada de Mala y la de Olivar. Ya no existen. Ahora tenemos la de La Viña,

que es cruce de Parladé. La afición en Lima por las corridas de toros es magnífica, a pesar de que los precios son mucho más subidos que aquí en España. Los toreros van contratados en condiciones muy buenas, y si habla usted con Juanito Belmonte, él mismo le dirá del buen resultado material de su campaña. Cuando fué Joselito, y para las corridas del centenario de la Independencia, se llevó ganado español, a pesar del gigantesco esfuerzo económico que esto suponía.

—¿Entonces, usted vió a Joselito?

—Le vi en todas las corridas que toreó allí, y para mí no ha habido torero más completo que éste. Allí vi también a Rafael, el Gallo; a Chicuelo, a Bienvenida, padre, y luego a los chicos Manolo y Pepe; primero como becerristas; después, al pobre Manolo, combó matador. A los Bienvenida les quieren mucho allí. También pude ver a Marcial Lalanda. Mi ídolo era Joselito; pero en el Perú, el que ganaba la aclamación frenética de las multitudes era Belmonte. Además, se casó con una peruana, como usted sabe, y esto acabó de unirle más a nosotros. Ha pasado el tiempo y Belmonte allí continúa siendo, en el recuerdo..., ¡Belmonte! Un héroe casi mitológico.

—¿Es muy antigua la Plaza de Lima?

—Data del siglo XVIII, y hasta hace un año se ha conservado en la misma forma en que la mandó construir el virrey Amat. El ruedo era demasiado grande. La Plaza se ha llamado siempre de Acho, por ser éste el apellido del dueño de los terrenos, en la época en que se levantó. Hasta su reciente transformación era una Plaza como tantas españolas, sin más diferencia que la del ruedo, de grandes proporciones, que ya le he señalado, y la de tener unas localidades llamadas "cuartos", especie de burladeros, que ahora han sido suprimidos. Es decir, que la Plaza, tal como ha quedado, es idéntica a las de ustedes: con tendidos, gradas y palcos, y con barreras, que allí llamamos "delanteros". Esta Plaza de Acho se encuentra en la zona de Lima más típica y más española. Ya sabe usted que a Lima se la llama la Sevilla de América; pues la zona a que me refiero es, como si dijéramos, el barrio de Triana.

—¿Caben muchos espectadores?

—No sé exactamente el aforo; pero se pueden calcular de trece a quince mil.

—Y el público, ¿cómo es?

—Muy exigente, vehemente y apasionado. ¡Público auténtico de toros! Aún recuerdo la bronca del debut de Joselito. No es que estuviera mal; pero la gente esperaba más, mucho más, de él, y protestó de una manera... inolvidable. Ya sabe usted el amor propio que tenía José. Para demostrar lo que era se encerró él solo con seis toros, y aquello fué el disloque. No recuerdo una apoteosis igual. A pesar de todo, el torero de más éxito allí, en todos los tiempos, ha sido Belmonte, padre. Con su boda se convirtió para los peruanos en algo entrañable. Por cierto, que fué padrino de su matrimonio Francisco Graña, el gran hispanófilo, que fué representante de nuestro país en la Exposición de Sevilla.

—De modo que para usted, Joselito...

—¡Ah, sí! Para mí, el más grande... Claro que, por



el poco tiempo que llevo todavía aquí, no puedo hablar de los toreros actuales. A Manolito sólo le vi en la corrida de la Diputación, donde, por lo visto, no estuvo a la altura de su fama. He visto a Pepin Martín Vázquez. Creo que ahí hay figura, y figura grande. Me rindo ante la maestría de Ortega, a quien ya había visto en América. En realidad, y esto sí que quiero que lo haga constar, me encuentro entre ustedes como en mi propio país. El Perú es la nación más española de toda América. Ahora tengo la impresión de que estoy en un Perú más grande y con más solera. Cuando venía en el barco vi un número de EL RUEDO. Es el primer periódico español que cayó en mis manos. Desde entonces soy su lector asiduo...

A continuación vienen unos elogios para esta publicación, en la que el cónsul general del Perú tuvo la alegría de ver la firma de su ilustre compatriota Felipe Sassone.

—Apenas puedo hablar de los toreros de ahora. Todavía soy un espectador primerizo. Si me dejara llevar por mis impresiones momentáneas, le diría que Arruza es el que más me ha gustado. A Pepe Bienvenida le he visto en varias tardes de poca fortuna. Supongo que será mucho mejor...

—Creo que supone usted bien, ¿Qué es lo que más le agrada del conjunto de la fiesta?

—Desde una postura exclusivamente estética, la capa y las banderillas. Desde el punto de vista de la emoción, el momento de matar: "la hora de la verdad".

—¿Y el toro a caballo?

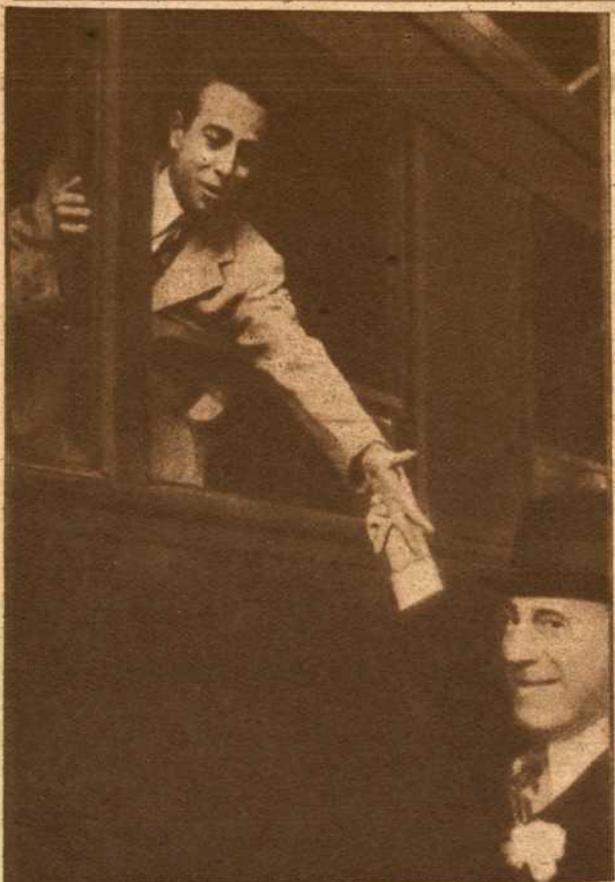
—Me agrada, y más ahora con los triunfos de mi gentil compatriota Conchita Cintrón. ¡Estoy deseando ver actuar a Alvaro Domínguez. Claro que si tuviera que elegir, yo me quedaría siempre con el toro a pie... El toro a caballo tiene su mérito y su arte indiscutible; pero el toro a pie es el no hay más allá... No he perdido una sola corrida desde que estoy en Madrid.

Y don Ricardo Vegas, que está con nosotros en la terraza de un café de la Gran Vía, llama al primer vendedor de periódicos que pasa. Abre el diario y busca, antes que nada, la sección de toros. Un pequeño gesto de contrariedad:

—¡Vaya! Aun no dicen quiénes van a torear el domingo.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Con Gallito en Madrid, después de siete meses de ausencia

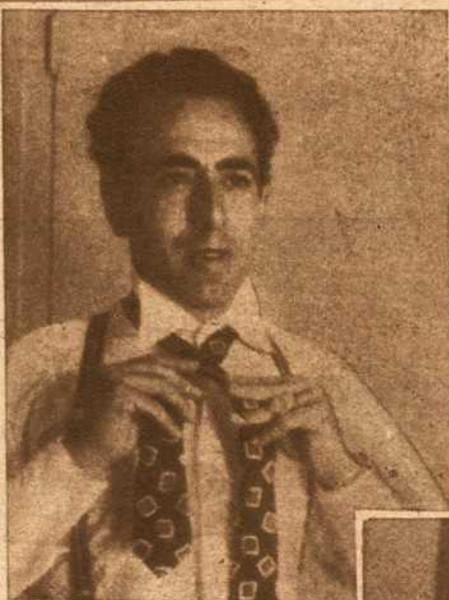


Gallito, a su llegada a Madrid, saluda desde la veranda a su apoderado Cristóbal Becerra. Los siete meses de ausencia nos lo devuelven más sevillano y más gitano que nunca, y así, grita él: «¡Cristóbal!»



En el andén, y ya con más reposo, la conversación con Becerra, que luego se irá alargando con preguntas y más preguntas

“El resumen ha sido diecisiete corridas toreadas, treinta orejas y todas las tardes ovaciones”



En el hotel, cambiándose de ropa para dar la primera vuelta por Madrid

HA regresado ya Gallito. Desde la semana pasada se encuentra con nosotros, y cuando aparezcan estas declaraciones habrá toreado en Barcelona. Mejorado de su enfermedad, el valor, que él sabe interpretarlo en distinta forma que los demás, porque lo concibe en sentido completamente opuesto. Esta ha sido la mejor arma ofensiva de la campaña invernal de Rafael en sus diecisiete corridas toreadas por los Estados y la capital. Y de éstas, cinco en El Toreo, con triunfos resonantes, tardes apoteósicas y cortes de orejas, como el mejor de cuantos fueron para allá.

Junto a Rafael hacemos el resumen de esa temporada. —En los Estados he cortado treinta orejas, casi todas las tardes en que actué, con vueltas al ruedo y ovaciones.

Así es cómo explica Rafael su resurgimiento. Parece que en esto no cabe más que la verdad. Aun no ha surgido el embuste. Porque viene todavía embriagado del triunfo.

—¿Le has echado mucho valor?

—Fíjate —y saca un voluminoso álbum de las maletas—. No quiero yo hablar, porque pueden creer que se exagera. Pasa hojas y hojas. En todas, láminas de los diarios y revistas ilustradas de Méjico, aparece la figura arrogante de Rafael Ortega. Faenas, desplantes, gestos de valor. Pausa. Al poco, Rafael dice:

—Todo lo que he hecho allí me hubiera servido para firmar corridas para cinco años en España. Quiero que me salgan toros y que mis compatriotas no pierdan las esperanzas en mí.

LOS TOROS, MAS GRANDES

La conversación, amena, simpática, se enmarca sobre su via-

je. La llegada, el recibimiento apoteósico y el apoyo incondicional, sincero, como de verdadero hermano, de Maximino Camacho, el hermano del Presidente de Méjico.

—Todos —dice Rafael— encontramos un magnífico auxiliar para nuestras actividades. Nos proporcionó alojamiento, facilitó los viajes, nos hizo obsequios valiosísimos y estuvo a nuestra disposición constantemente.

—¿Qué pena —pone como colofón al cariño que siente por el entusiasta aficionado— que muriese! Nosotros lo sentimos enormemente.

—¿Qué diferencias encontraste entre el toro de allí y el nuestro?

—Mucha, y cargada de dificultades. Allí estaban toreándose reses de tres años sin exigirles mucho. Pero nuestra llegada cambió totalmente la fisonomía de la fiesta. Los toros pasaron a ser de cinco años, con un peso mínimo de 280 kilos, y las entradas, que se pagaban a cuatro o cinco pesos, subieron a doce. Fuimos a dar pasión a la fiesta, como ha ocurrido en España con la llegada de los mejicanos.

POR QUE FUE RAFAEL Y POR QUE VOLVERA EN LA PROXIMA TEMPORADA

Sombreros típicos del país. En ellos, uno muy grande, color gris, adornos maravillosos en cuero. Destacan dos cabezas de toro a los costados. Es el de un rancharo azteca. Rafael, caprichoso, va sacando, a través de dos horas de conversación, los objetos comprados en Méjico y Nueva York.

—Esto para ti, Becerra...

Es una magnífica y pesada pulsera de oro. Y el apoderado, asombrado por el espléndido regalo, se coloca en su muñeca la joya.



Ya está para salir. Ahora, el pañuelo en el bolsillo y a la calle



Gallito en la estación

"MI ACTUACION ARTISTICA EN MEJICO NO HA PODIDO SER MAS TRIUNFAL"

"Dolores del Río vendrá a España en septiembre y entonces hablaremos de lo que se habla ahora"

Para su tío, para la madre, para los sobrinos... Hasta un delectado estuche ha traído para la esposa de Marcial Lalanda. Así ha pasado su primera mañana en Madrid. Deshaciendo paquetes, desalojando maletas y colocando todos los trajes y utensilios en el armario de la habitación.

—¿Por qué fuiste?—le interrumpimos en su conversación inagotable.

—Tenía un camino ya trillado. En Méjico se recuerdan los viajes de mi tío Rafael y tenía que encontrar mayores facilidades. Por eso fui y toreé más corridas que ninguno de los españoles. Batí el record... y corté más orejas que ninguno. Un triunfo grande, dándole valor y cuajando la mejor temporada de mi vida taurina.

—¿Volverás?

—Ni que decir. He perdido, por el placer de regresar junto a todos vosotros, veinte corridas en los Estados durante la campaña de invierno. Pero he dado mi palabra para la próxima campaña, y torearé cuantas he comprometido... Porque quiero aprovechar esta vena que ha surgido en mí y triunfar con vosotros. Aquí, a pesar de que nos quejamos de los toros, son superiores a los de allá. Todos mansos, sin casta, que se quedan muertos en la faena.

UN IDILIO AMOROSO CONFIRMADO Y UNOS CABLES DE DOLORES

No lo podíamos sospechar, pero es real. Viene cambiado, poniendo en orden todos sus papeles, fotografías, trajes y demás ropa de vestir. Rafael esconde, para sustraerlas a nuestra mirada y comentarios, algunas fotografías que vienen en una lujosa carpeta de piel.

Allí, en dos fotografías artísticas, está Dolores del Río, la famosa estrella que ahora ha tenido revolucio-



«En Méjico aun recuerdan los viajes de mi tío»



En el maletín busca los recuerdos que trae de Méjico

nada a toda España, con motivo de la llegada del pequeño de los Gallo. Pero la discreción en nosotros se impone y solamente somos testigos de algunas frases que suelta Becerra.

—¿Qué nos dices de tus amores con Dolores?

—Que se habla mucho.

Rafael, poniendo por delante que trate el tema con la formalidad que requiere el asunto, nos enseña el último telegrama llegado. En él Dolores le anuncia que comienza su película y que en cuanto termine viene a España para conocer nuestro país.

—¿Y te casarás entonces?

—Pudiera ser.

Y dobla el papel azul que trajo las últimas noticias.

**

Valor, aunque no lo crea la gente. Hemos visto los documentos gráficos. Repasamos las crónicas taurinas. Vimos en él una afición superior a todos los años anteriores.

Y esos toros grandes, sin casta, mansurroneos, faltos de acometividad, que le impulsaron a dejarse pinchar, han tenido para Rafael Ortega un motivo de lucidez. Como colofón a todo, y sin que él quisiera hablar del suceso, cae por la cama la película de una radiografía. Es la que le sacaron el día que se rompió la clavícula toreando.

Y en el aire, el recuerdo de un amor, no pasajero como creen muchos, y el deseo de triunfar en esta temporada. Así ha regresado Rafael, con unas pocas canas y buscando el abrazo de sus incondicionales.

JOSE CARRASCO



Recuerdos de su estancia en Méjico. El ancho sombrero típico de aquellas tierras que se ha traído Gallito es mostrado por el diestro, que lo mira como si éste le recordase algo muy feliz



Y metido ya a deshacer maletas, Gallito mira con gesto un tanto perplejo el lio que ha armado en la habitación. ¡Cualquiera la arregla! (Fotos Manzano)

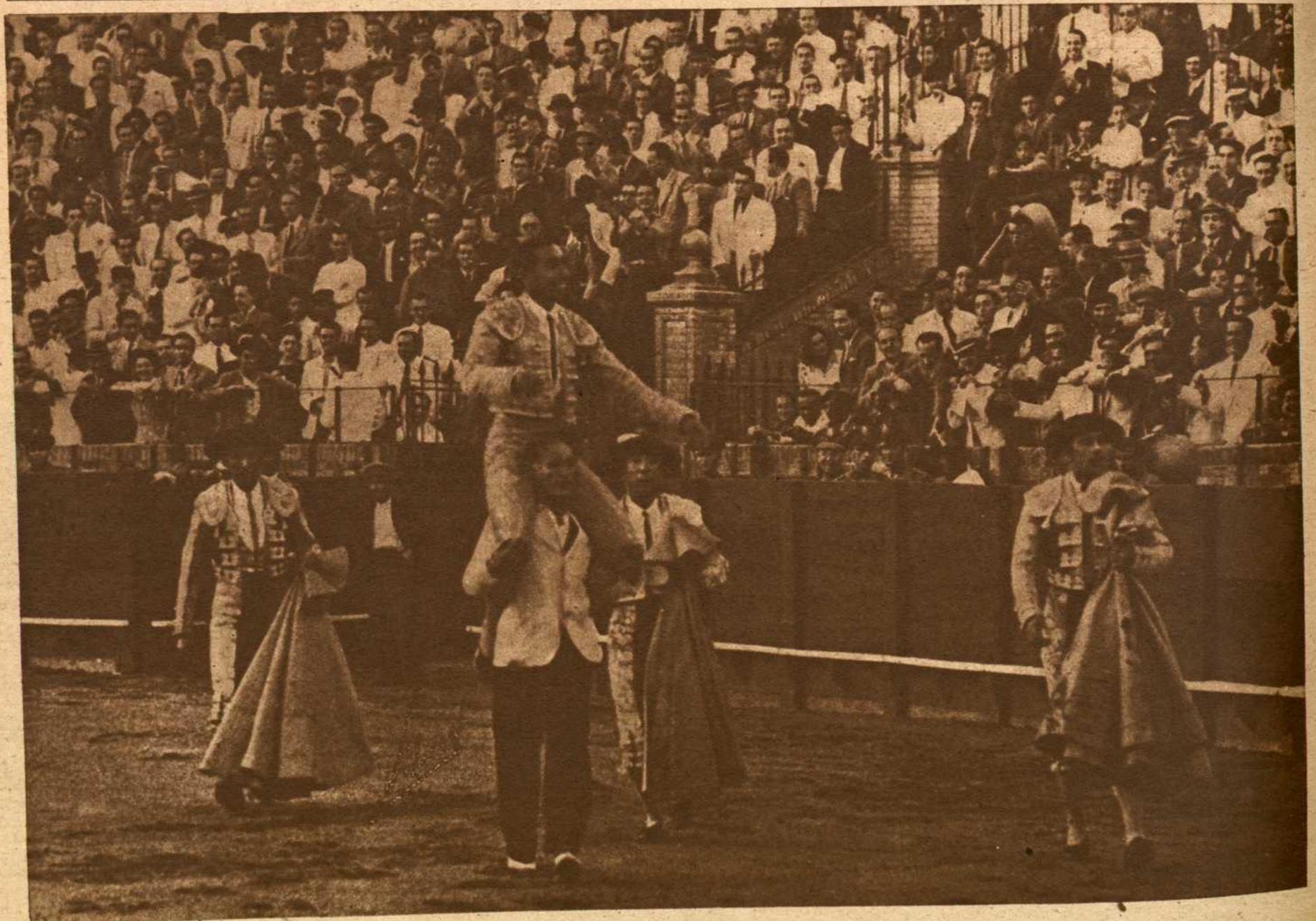


Rafael en la habitación del hotel

ARMILLITA, EL TRIUNFADOR DE SEVILLA



Estas dos fotos corresponden al apoteósico triunfo obtenido en Sevilla por el gran torero mejicano ARMILLITA en la corrida de la Prensa, que por obra de su mágica maestría ha quedado grabada entre las más grandes efemérides que registran la Maestranza sevillana





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

DE PRESIDENTE A PRESIDENTE

El uno —Ricardo Torres— había llenado sus sueños con el afán de ayudar a sus compañeros. En cuanto supo la parte triste de su profesión no pensó ya en otra cosa sino en reunir a todos aquellos en los que la desgracia se había cebado y a aquellos otros que no pudieron alcanzar la cima. Tanta fe puso en ello, que un día, que deben bendecir todos los toreros, un buen día para ellos, sus sueños se convirtieron en realidad. Pero el trabajo que había costado aquel triunfo —el que más le enorgulleció siempre, aun sobre los que consiguió en los ruedos— continuó con mayor fuerza para mantener en pie la obra y tratar de mejorarla constantemente. Y al frente de aquella sociedad —el Montepío— fué dejando sus horas libres y muchos días de triunfo en los ruedos, en los que completamente gratis había toreado para su obra. Fué dejando sus fuerzas hora tras hora en la lucha por mantener con dignidad a todos los desheredados de su profesión. Pero un día hubo de dejarlo. Su ambición ya estaba en marcha —en muy buena marcha—, y él no podía dedicarle ya los impulsos, que se habían ido marchando poco a poco con los años y las cornadas. Pasaron detrás de él otros presidentes —entre ellos Vicente Pastor, que también dejó grata memoria— entusiastas de la labor que se había hecho, deseosos de continuarla; pero hubo que es-

perar a la llegada de Marcial —otro soñador que supo luchar con todas las realidades— para formar pareja a la altura de su primer presidente y creador.

En nuestra estampa ambos se han reunido bajo el busto de Ricardo, rodeados de muchos que llegaron muy alto y otros que no tuvieron esa suerte, para que Bombita le entregue al torero de Vaciamadrid una medalla que le dedica la Asociación de Toreros. Es, pues, significativo este galardón con que los suyos tratan de premiar la labor que Lalanda ha realizado en pro de los intereses de todos. Demuestra la fe que este torero excepcional supo poner en defensa de los suyos y el ardor con que luchó para conseguir esos éxitos, que se le fueron sumando a los que obtenía en las Plazas. Él era el más fiel continuador de la labor iniciada por Bombita, y como este torero, también supo darlo todo por el Montepío: corridas, horas de sueño y trabajo y lucha. Hoy queremos resaltar estas dos figuras en nuestra estampa de otros tiempos, porque, aunque carezca de sabor auténticamente taurino y no tenga el colorido y la luz de la Plaza o del oro del vestido de luces, nos ofrece un profundo sentido humano, apoyado en los dos más firmes pilares que ha tenido esta Asociación de Toreros: Bombita y Marcial cuyo recuerdo, los hace impercederos.



ANTONIO ALGARA, empresario de la Plaza mejicana de El Toreo, en Madrid



Antonio Algara, empresario de la Plaza de El Toreo, de México, a su llegada a Madrid

“Aun no sé qué toreros irán el próximo invierno. Sólo PEPE LUIS VÁZQUEZ está contratado en firme”

resolvió «aquello»... y el que, en definitiva, triunfó. Ahora...

Antonio Algara viene a España para organizar la próxima temporada taurina de Méjico. Llegó el viernes, y a las veinticuatro horas justas ya le había interrogado el periodista.

—¿Qué tal ha sido la temporada taurina en Méjico?

Antonio Algara habla sin pausas

—¡Magnífica!..., magnífica temporada. Hay que tener en cuenta que la presencia de los toreros españoles en los ruedos mejicanos despertó el interés de todos. Por una parte, era la gran novedad que suponía ver caras nuevas... y por otra parte, se buscaba la competencia frente a los diestros del país. De una manera u otra, el aficionado mejicano tenía motivos más que suficientes para agradecer los esfuerzos que culminaron al hacer el primer paseillo los diestros españoles en la Plaza del Toreo.



Un gesto del conocido empresario de toros

las corridas de toros, se dieron un número igual de festejos.

—¿Quiere describirme detalladamente la temporada?

Algara consulta ligeramente su libro de notas y no necesita mucho tiempo para unir mi pregunta con su respuesta.

—Armillita, toreó en cuatro corridas y cortó una oreja; el Soldado alternó en ocho y cortó dos orejas; Liceaga, en tres, cortando también dos orejas; Calesero, sólo toreó una vez, y fué cogido dos veces; Estrada, alternó en una sola corrida; Briónes, en tres; Cagancho lidió cinco corridas y cortó dos orejas; Arruza, en cuatro, y cortó una oreja; Silverio Pérez, en seis, cortando dos orejas; Garza, en tres, cortando cinco orejas; Gallito, en cinco; Pepe Luis Vázquez, en nueve, cortando una sola oreja; Blando, en una; Antonio Bienvenida en ocho, concediéndosele dos orejas; Gitanillo de Triana, en tres; Procuna, en nueve, con corte de cinco orejas; Velázquez, en tres, cortando dos orejas; Torres, en una; Solórzano, en una, y Rafaelillo, en una.

—¿Qué toreros cortaron más orejas?

—Garza y Procuna, que triunfaron en cinco tardes.

—¿El que más corridas toreó?

—El español Antonio Bienvenida y el mejicano Pro-

PARA Antonio Algara no hay distancias. Su dinamismo y su extraordinaria capacidad de trabajo conocen el vuelo de mil anhelos que nunca fueron a clavarse en un solo cuadrante. Tono Algara, como todos los grandes viajeros, puede medir su vida por singladuras y raids aéreos. Ahora le tenemos entre nosotros. Aun no hace mucho se despedía de sus amigos, allá en Méjico. Le faltaban «tres cuerdas» de la escala para llegar a bordo, cuando se volvió y sonriendo a todos les dijo:

—Para agosto estaré de nuevo con vosotros...

Sus palabras querían restar valor a su gran empresa viajera. Me imagino el estupor de sus amigos... y, sin embargo, Tono Algara no mentía en aquellos momentos. El no tardaría de encontrarse de nuevo en Méjico, para sorprender a todos.

—Recuerdo la última corrida que vi en Madrid, el mes pasado...

Antonio Algara, sigue sumando singladuras. Los cuatro rumbos le son propios...

Algara es, ante todo, un hombre de toros. Empresario de la Plaza de El Toreo, de Méjico, su personalidad tiene un relieve destacadísimo en la fiesta nacional. Fué Algara el que llevó a cabo el intercambio de toreros españoles y mejicanos. El que



Algara charla en la terraza de un café céntrico con unos amigos

"LA PRESENCIA DE LOS TOREROS ESPAÑOLES EN LOS RUEDOS DE MI PAIS FUE LA GRAN NOVEDAD DE LA PASADA TEMPORADA"

"Allí la fiesta es mucho más barata que en España
Al torero que más se le pagó fueron 25.000 pesos"

cuna, que lidiaron nueve corridas.

—¿Cuántos diestros fueron cogidos por sus toros?

—Tan sólo una vez el mejicano Briones, durante la lidia de su primer toro, en la primera corrida que toreó, y Velázquez, que también fué cogido en la última corrida que toreó.

—¿Cuál es el torero más popular en Méjico?

—Luis Procuna, que el año que viene se presentara en España.

—¿Precios muy elevados en las localidades?

—En relación con España, baratísimos. En nuestra Plaza, la mejor localidad tiene un precio que nunca es superior a los 35 pesos, y la más barata sólo cuesta cinco pesos.

—¿Y los toreros perciben sumas «fabulosas»?

—Según lo que se entienda por cifra «fabulosa». Yo no quiero decir que los toreros en Méjico cobren poco...; pero tampoco puedo afirmar que se les firmen contratos por cifras inverosímiles. El torero de más cartel, cuando más ha percibido han sido pesos 25.000. Hay que tener en cuenta que nosotros no podemos pagar exageradas cantidades, porque en la Plaza de El Toreo, vendidas todas las localidades, sólo se pueden hacer pesos 236.000. Ello obedece a que los precios no han sufrido ninguna elevación y las localidades son baratas.

—¿Es muy difícil cortar orejas en la Plaza de El Toreo?

—Firmemente, creo que es la Plaza más difícil del mundo para cortar orejas.

—La próxima temporada, la presencia de los toreros españoles en los ruedos mejicanos, ¿despertará el mismo interés de la temporada pasada?

—Espero que lo que la temporada pasada fué sólo novedad, se convierta en la próxima en un interés desmedido. Desde luego, hay que considerar que ahora depende todo del éxito de los toreros españoles. Si antes la novedad suponía ya mucho, ahora a ésta hay que añadir el éxito. Además, tenemos la



competencia frente a los diestros del país. La noble y leal competencia, que honra a toda la fiesta nacional.

—¿Qué proyectos tiene formados para la próxima temporada de Méjico?

Antonio Algara no tuvo aún tiempo para ver nada. Sólo hace

«Sólo contrataré cinco o seis toreros»

veinticuatro horas que está con nosotros...

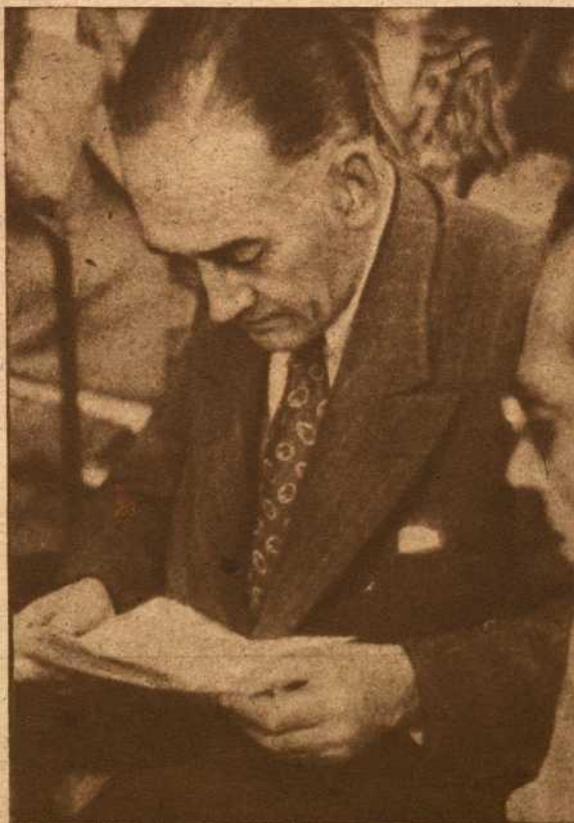
—Realmente, tengo muchos proyectos...; pero comprenderá que en estos momentos desconozco totalmente cómo están los asuntos de toros en su patria. Tengo que ver muchas corridas antes de decidir nada. Sólo hay un torero español que está contratado en firme: Pepe Luis Vázquez. Ya veremos qué otros toreros acompañan al diestro sevillano. Yo, por mi parte, traigo la ilusión del aficionado mejicano.

—¿Un contrato en blanco para Manolete?

—Eso no oíse decir, sino que la ilusión ferviente de toda la afición mejicana reside en Manolete, y en Méjico se le espera en la próxima temporada...

—¿Algún proyecto más?

—También pienso comprar algunas corridas de toros...; pero antes tengo que ver muchas cosas.



Los papeles y cartas le persiguen al empresario, aunque hace poco que ha llegado



Sólo hay un torero contratado en firme: Pepe Luis Vázquez (Fotos Manzano).

—¿Qué torero español fué acogido con más entusiasmo?

—Sin duda alguna, Cagancho. El recibimiento que se le hizo al diestro gitano fué algo verdaderamente apoteósico.

El periodista insiste nuevamente.

—¿Qué toreros irán a Méjico?

—Aunque quisiera servirle, yo ahora no podría decirle nada en concreto. Tenga la seguridad de que no sé nada aun... Usted mismo comprenderá que no he tenido tiempo de ver ninguna corrida de toros en España. Y precisamente todo cuanto haga y firme será después de que yo haya visto la actuación de los toreros en las principales ferias. Antes no es posible hacer nada.

—Cuando menos, dígame. ¿Cuántos toreros piensa contratar para la temporada mejicana?

—Solamente cinco o seis.

La última respuesta de Algara es tan sencilla y escueta... que es definitiva. Nos hemos despedido como dos viejos amigos.

—Adiós, señor Algara—le he dicho.

El puso su mano en mi hombro y exclamó sonriente:

—No me diga adiós, hermano..., sino hasta luego, porque no sé, no sé...; pero me parece que usted y yo aun tenemos que hablar mucho.

Así lo creo.

CRUZ ERNESTO FRANQUET

EL PLANETA DE LOS TOROS

Las ruinas de la Plaza de Toros

Por ANTONIO D'AZ-CAÑABATE



Los chiqueros de la vieja Plaza madrileña, a punto de sentir la fuerza demoleadora de la piqueta

apareció el año 1934 era en verdad pero que muy bonita. Fina labor de ladrillo la suya. Una labor de ladrillos que parecía encaje de Almagro, que es el más sutil y primoroso de los encajes. ¡Cuánta ilusión nos hizo concebir, cuánta felicidad nos proporcionó la Plaza de Toros desahucada por desgracia! La Plaza de Toros murió. Hoy quedan de ella unas ruinas. Yo voy muchas tardes a acariciarlas. Frente a la calle de Goya, el dintel y el umbral de una puerta, una tarja, restos de una casita, surcos de ladrillo en la tierra, piedras diseminadas, verdín, melancolía, tristeza. La puerta era la puerta del patio de caballos, por donde entraban los toreros, por donde entraron Lagartijo y Frascuelo, y Guerrita y el Espartero, la tarde de mayo en la que le mató un toro, la puerta de la ilusión para tantos toreros al entrar, la puerta del desengaño para tantos toreros al salir. La puerta de los toreros abierta para todo el mundo, una puerta tan inasequible como la gloria, franqueable para todo el mundo. Yo penetro muchas tardes por ella temblando un poco el corazón. Ruinas de un ayer cercano, que es mi juventud, que es la juventud de muchos de los que me leen, ruinas de lo que nos hizo gozar tardes de toros de los veinte años. Vicente Pastor, vestido de verde y oro, bajándose aquí mismo de la jardinera que condujo desde la calle de Embajadores, 9, hay ascensor. Vicente Pastor, ídolo de mi adolescencia, el mejor de todos los toreros madrileños de todos los tiempos, y yo arriba, en una ventana del primer piso, el de las gradas, que caía aquí, precisamente aquí, encima de esta tarja del patio de caballos y que dominaba lo que sucedía fuera y dentro de él. Fuera, el tendido de los sastres, los que no podían entrar en la Plaza y se contentaban con estrechar la mano de los toreros al descender de la jardinera: dentro, la algarabía de los aficionados que desbordaban el estrecho espacio del patio de caballos, y que cuando entraban los toreros abrían paso, un cauce pequeñito, lleno de manos que se tendían al paso del matador seguido de su cuadrilla, deseosos de estrechar la mano mágica que mataba toros. Llegábamos a la Plaza dos horas antes de empezar la corrida. Los primeros que arribaban eran los picadores a lomo de sus jamelgos, con un monosabio a la grupa. El monosabio descendía del caballo y el picador galopaba por la calle de Goya, entonces apenas sin casas, para cansarlo, luego entraba en el patio y le daban una puya sin pincho y se liaba a puyazos contra un poyo de madera que estaba colocado en la esquina de esta casita que aun se conserva en pie en estas ruinas adorables de la Plaza de Toros que yo vengo a acariciar muchas tardes y que ojalá no desaparezcan mientras yo viva y que vosotros, madrileños de mi tiempo, debéis visitar a menudo, porque son las ruinas de épocas gloriosísimas del toreo; toda la historia de la tauromaquia desde Lagartijo y Frascuelo, pasando por Joselito y Belmonte hasta Domingo Ortega, está aquí. Aquí, en esta tierra que fué antes arena del ruedo, se ejecutaron memorables faenas que uno ha visto y que uno no podrá olvidar nunca. La del Concha y Sierra de Juan Belmonte; la del Contreras de Joselito; la del Aleas de Domingo Ortega. Ruinas de la Plaza de Toros, patio de caballos, hoy desolado lugar de piedrezuelas y cascote, con aquella parra que entoldaba la entrada a las cuadras, en donde esperaban los picadores la hora del paseillo. Y aquí, en esta hilera de ladrillos, la enfermería, y aquí, en esta otra, la capilla y la sala de toreros, aquella sala de toreros, habitación vacía, donde los diestros paseaban su miedo, mientras por las ventanas enrejadas los curiosos asomaban sus jetas ávidas, ansiosos de contemplar de cerca los rostros pálidos de los toreros famosos. Y un poco más allá lo que fueron los corrales. Aun quedan los abrevaderos, donde bebían agua los toros cincoqueños de treinta arrobas; los Veragua; los Pablo Romero; los Esteban Hernández, toros con dos pitones, capaces de destripar veinte caballos, que hoy también son ruinas que añoramos. En estos abrevaderos beben ahora las gallinas de la vecindad, y sentada en sus bordes una vieja hace calceta. ¡Corrales de antaño al mediodía, la hora del apartado, bulliciosos de concierros, de cabestros y de voces de la afición congregada arriba, viendo los toros que indiferentes miraban a todos lados con sus ojos saltones! Plaza de Toros de Madrid, la primera del mundo,

ya te derrumbaste, piedra a piedra y ladrillo a ladrillo; ya de ti no queda más que este trocito del patio de caballos y esta puerta y esta tarja y lo que fué casita de la administración y unas piedras de los tendidos diseminadas aquí y allá, donde ahora se sientan las parejitas de novios a charlar de esas cosas tan monótonas y tan sublimes que hablan los novios. «¿Me quieres?» «Te quiero». «¿Siempre?» «Siempre». ¡Yo también te quise siempre, Plaza de Toros; yo también te quiero ahora como nunca te quise, ahora que no eres nada, piedras, surcos, ruinas, nada, y me pongo un poco triste, pues toda ruina nos conturba y entristece y más cuando estas ruinas son las de nuestra juventud, las de nuestra alegría!

Muy antiguo y muy moderno...
Un cóctel de ayer para el gusto de hoy.

VALDESPINO
JEREZ

NUESTRA CONTRAPORTADA

Francisco Arjona Reyes CURRITO



El 20 de agosto de 1845 nació en Sevilla Francisco Arjona Reyes, segundo de los hijos varones de Cúchares. Quiso su progenitor que el muchacho hiciera una carrera, pero éste pensó de muy distinta manera, y después de torear en capeas entró, en 1860, como banderillero en la cuadrilla de Jacinto Machío. No era balde

Currilo era hijo de Francisco Arjona Herrera y ahijado de Juan León. Mató por primera vez en Chiclana, y conocidas por su padre sus verdaderas inclinaciones y su ninguna afición al estudio, ingresa Currilo, en 1863, en la cuadrilla de Cúchares como banderillero, y en 1866 ya le cede, para que le dé muerte, algún toro. El 19 de mayo de 1867 Cúchares dió la alternativa en Madrid a Currilo, cediéndole la muerte del toro Seranito, de la ganadería del marqués de Ontiveros. Alternaba con ellos el gaditano Ponce, que sustituía a Cayetano Sanz.

La primera temporada en que fué contratado para torear en Madrid fué la de 1870, y alternó con Cayetano Sanz y Frascuelo. En 1871 alterna en Madrid con Lagartijo y Frascuelo, y en 1872 y 1873 es la mayor atracción de las Plazas españolas, cuando no torea Rafael y Salvador. El 4 de septiembre de 1874 actuó en la corrida de inauguración de la nueva Plaza de Madrid, y toreó cinco corridas más en el mismo ruedo durante la temporada. En 1875 toreó 27, y en 1876 sólo actúa una vez en Madrid. Pero en los años 1877, 1878, 1880, 1881, 1883 y 1884 toreó con regularidad y buen número de corridas en la capital de España. En 1882 estuvo ausente del ruedo madrileño, y por entonces apareció en *La Lidia* un trabajo en el que se aludia a su pereza en los ruedos, en el que después de esta pregunta y su respuesta: «¿Duerme Curro? Sí, se decía:

Pues que abra el ojo y despierte contemplando cómo en dos años, perdidas lleva más de cien corridas tan callando.

Volvió a torear en Madrid en 1886 y 1887, y al finalizar esta última temporada aceptó, con Guerrita, un contrato para torear en La Habana, y allí toreó catorce corridas durante el invierno de 1887-1888. En la temporada de 1888 actuó cuatro veces en Madrid. En 1889 toreó catorce corridas, entre ellas, la memorable del 6 de agosto en Ciudad Real, en cuya Plaza, por cogida de Hermosilla, hubo de estoquear seis toros de Palha. En 1890 toreó en Madrid una corrida, y ocho en provincias. En 1891 sólo toreó dos corridas. En 1892, el 24 de abril, toreó su última corrida en Madrid y tomó parte en cinco corridas en provincias. En 1893 apenas toreó, y en 1894, al ocurrir la trágica muerte del Espartero, anunció oficialmente su retirada. «Sobaquillo» puso en boca de Currilo esta quintilla.

Antes que me parta un toro o haya de marcharme al coro (yo que fui tan buen tenor), dejo el campo del honor y hago mutis por el foro.

Vivió patriarcalmente en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, muy querido de todos por la bondad y alegría de su carácter, por su trato correcto y por su honrabilidad de bien, y allí dejó de existir, casi repentinamente, el 16 de marzo del año 1907.

PIDA
AURORA
Y BEBERA MANZANILLA

LAS CORRIDAS DE TOROS DE ANTES Y LAS DE AHORA

Por NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia)

EN mi archivo taurino, poco copioso, pero muy selecto, conservo la cuenta auténtica de los productos que rindió una corrida de toros celebrada en la Plaza de Madrid el día 3 de julio de 1820. Forma parte el referido documento, que ahora publico por primera vez, de los papeles que poseo del conde de la Estrella, cortesano íntimo amigo de Fernando VII, incurable aficionado a la fiesta nacional, que fué el que influyó en el ánimo del soberano para decidirle a que creara «La Escuela de Tauromaquia de Sevilla». Los que no conocen esto, han atribuido al rey la iniciativa flagelándole con las censuras más acerbadas; pero lo cierto es que sin el apremio del citado aristócrata, no se habría adoptado medida tan absurda como ineficaz.

No es mi propósito, al dar a luz cuenta tan curiosa, establecer una comparación absoluta entre los rendimientos de una fiesta taurina de hace ciento veinticinco años con las que tienen lugar en la actualidad. El mundo ha dado muchas vueltas en tan largo espacio de tiempo. El precio de las cosas se ha multiplicado en fabulosa desmedida; las necesidades humanas han aumentado extraordinariamente, con los asombrosos progresos de la industria y los verdaderos milagros que ha realizado la civilización; pero no se puede desconocer, si se medita imparcialmente, que no hay proporción entre lo que justamente ha crecido el importe de todo y el valor de la moneda en aquella época y en la presente.

En la corrida que se cita, en la cual se lidiaron dieciséis toros, las localidades, la carne de las reses, las pieles de ellas y las de los caballos muertos produjeron noventa y tres mil setenta y tres reales, o sean veintitrés mil cuatrocientas sesenta y ocho pesetas, veinticinco céntimos. Aunque no tengo datos de los gastos que ocasionó la fiesta, hay que suponer, sin temor a equivocarse, que serían muy inferiores a los ingresos, teniendo en cuenta, como signo indubitado, que los espadas de cartel cobraban, como máximo, doscientas cincuenta pesetas. Y que esto es cierto, se demuestra consignando lo que pagaban a un torero de la categoría de Francisco Montes Paquero, en 1831, ó sea once años después. La prueba que de ello voy a aducir no tiene réplica. Está contenida en una carta auténtica, de las muchas que guardo, escrita por el gran Pedro Romero a su protector, el conde de la Estrella. Está copiada en mi libro «La Escuela de Tauromaquia de Sevilla», pero bueno es reproducirla para darle más fuerza a mis razonamientos. Dice así:

«Sevilla 22 de En. de 1831. Sor. Conde de la Estrella. Muy Sor. mio y mi Protector: me alegraré que al recibo de esta se halle V. S. bueno, yo lo quedo p. lo que me quisiera mandar. El correo pasado le digo a V. S. que havia oído decir que Paquilo havia hecho escritura, con la Junta de Hospitales ó con el Sor. Marqs. de Perales, y he sabido que lo que decía pr. noticias, es en realidad, pues va ganando pr. corrida entera 2.200 rs. y pr. media corrida 1.800, y que si le lastima algún toro en dhas. funciones le han de avonar las corridas que pierda hasta que el facultativo diga está capaz de trabajar. Yo no quisiera que hubiera hecho dha. escritura p. cuando lo supe, como a V. S. le digo, ya la havian remitido el correo pasado, á dho. Sor. Marqs. de Perales; ps. dho. Paquilo a un que es un mozo guapo, con buena muleta y mejor torero de Capa, está todavía muy tierno, y quisiera yo verlo con toros que tuvieran la cara fea, y verle dar dos ó tres estocadas, y que el toro se defendiera tomando las tablas p. ver las trazas que se daba p. acabarlo de matar; y sin estos requisitos no puedo yo ablar, ni responder pr. él, pues esto no se ha verificado todavía; y sin embargo que el mozo primero morirá que huir de los toros; veremos lo que puede adelantar mientras se verifica ó no su marcha. De lo que vaya acaeciendo dare aviso a V. S.—Es cierto tengo que comunicar a V. S. quedando siempre esperando las insinuaciones de V. S. y deseándole toda salud y que mande á este su mas agradecido y seguro Servidor Q. B. S. M.—Pedro Romero.»

Si tan módicamente se remuneraba el trabajo de los más afamados diestros, no es aventurado suponer que los demás servicios anejos a una corrida fueran recompensados con cantidades insignificantes y, por tanto, que el presupuesto de gastos sería muy reducido.

En la imposibilidad de señalar cifras exactas, me atrevo a calcular que ascenderían a las dos terceras partes de los ingresos, ó sea una suma de dieciséis mil pesetas aproximadamente.

Hoy no conozco al detalle lo que cuestan las corridas de toros de cartel, pero lo presumo por lo que he leído en la Prensa hace cosa de un mes. En una entrevista celebrada entre el redactor de un periódico y el conocido empresario don Eduardo Pagés, declaró éste que de las corridas de feria de Sevilla de este año, la que tiene menor presupuesto de gastos asciende a cuatrocientas mil pesetas.

Si esto es cierto, como seguramente lo es, cómo se comprende que lo que costaba dieciséis mil pesetas hace ciento veinticinco años, importe hoy cuatrocientas mil? Sin olvidar que eran corridas de dieciséis toros y hoy lo son de seis. Ni el valor de la moneda ha experimentado una baja tan enorme, ni el precio del trabajo, en cualquiera de las actividades humanas, ha subido de manera tan desproporcionada.

Brindo, pues, el problema a los grandes financieros, porque ellos son los únicos que pueden explicar fenómeno tan incomprensible para los profanos.

PRODUCTOS DE TOROS que se ha celebrado el día 3 de el presente año de 1820 en la plaza principal de esta Corte, Real y de la estramuros de la		LA 3.ª FIESTA DE TOROS que se ha celebrado el día 3 de el presente año de 1820 en la plaza principal de esta Corte, Real y de la estramuros de la	
Valores de las respectivas posesiones por la mañana.			
De los tendidos	130250	Rs. de en.	130250
De las gradas	170000		170000
De los palcos por tarifa	50000		50000
Idea, por asientos	120000		120000
Total producto por la mañana	370000		370000
Valores de las respectivas posesiones por la tarde.			
De los tendidos	270000		270000
De las gradas	120000		120000
De los palcos por tarifa	50000		50000
Idea, por asientos	20000		20000
Total producto por la tarde	460000		460000
RESUMEN GENERAL.			
Por la mañana	370000		370000
Por la tarde	460000		460000
Valor de todas las posesiones	830000		830000
El de la carne de los 16 Toros muertos	100000		100000
El de 9 pieles de Caballos muertos	20000		20000
Aprovechamientos	10000		10000
Total producto de la fiesta	1050000		1050000

Reproducción de la relación de productor de la octava fiesta de toros celebrada en julio de 1820

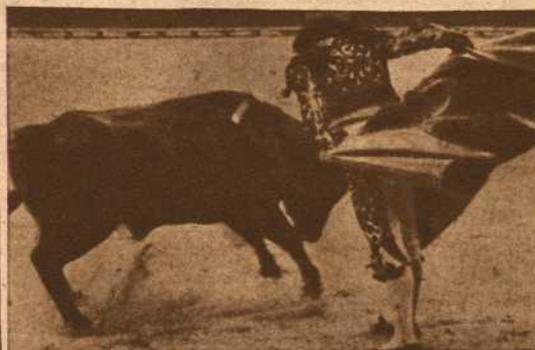
Novillos para EDUARDO LICEAGA, PERICÁS Y FARAON



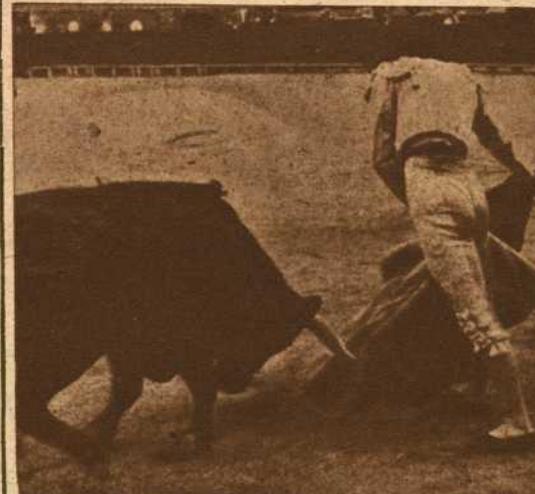
Liceaga, Pericás y Faraon



Liceaga toreando al toro del que cortó las orejas



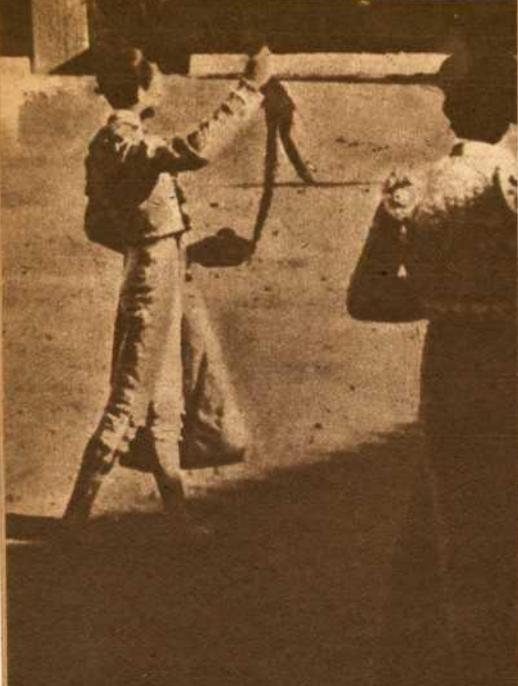
Faraon toreando de frente por detrás



Pericás en un lance a la verónica

BALSAMO HAZUL
 Unguento antiséptico para accidentes y enfermedades de la Piel
 QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

Amis **LA PAJARITA**
 DELICIOSAMENTE FINO



Manolete, Pepe Luis Vázquez y Arruza antes de hacer el paseillo en la primera de feria de Plasencia, en la que cortaron las orejas de los seis toros lidiados

Después de la muerte de su primer toro, Manolete da la vuelta al ruedo con las orejas y el rabo de su enemigo

MANOLETE, PEPE LUIS VAZQUEZ Y ARRUZA

en la primera de feria de Plasencia

Con los pies juntos y la mano baja, Manolete torea al natural a su primer toro, del que cortó orejas y rabo



Arruza, que en sus dos toros obtuvo un éxito resonante, saluda al público después de la faena de su segundo

Un muletazo con la derecha de Pepe Luis Vázquez corriendo la mano con suavidad, en su segundo toro de la corrida de feria de Plasencia

Los tres matadores y el mayoral de la ganadería saludan ante la insistencia del público, que los ovacionaba

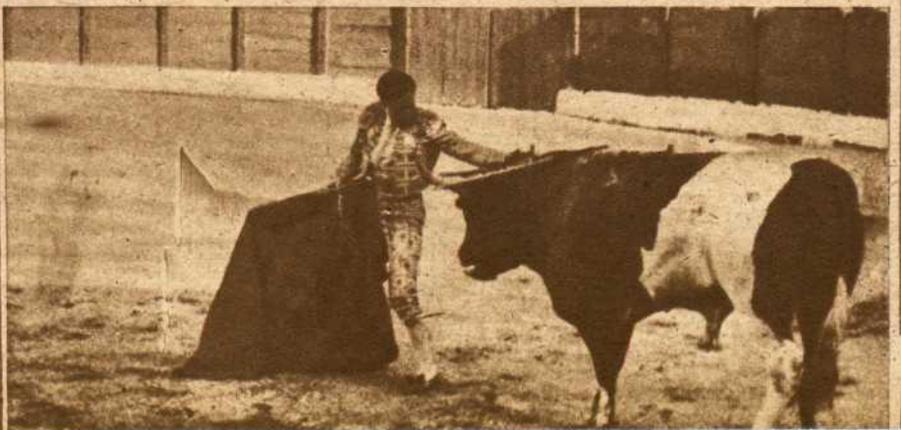
Manolete, la muleta en la izquierda, cita a su primer toro para dar comienzo a la faena en la que alcanzó un gran triunfo



Un gran muletazo con la izquierda de Arruza a su primer toro en la primera de feria de Plasencia

Arruza alcanzó un gran triunfo con las banderillas. Aquí se le ve colocando un gran par de rebiletes (Fots. Javier)

Arriba: Pepe Luis da la vuelta al ruedo después de la muerte del segundo de la tarde, con las orejas y el rabo del toro.—Abajo: Un adorno de Pepe Luis en su primer enemigo





Rejoneo a la portuguesa, dibujo de Martín Maqueda



Toreros célebres: Francisco Arjona Reyes, Currito